

CAPÍTULO III

El debate teórico en Latinoamérica con respecto a China

La emergencia de China ha generado cambios en el sistema internacional que han llevado a pensadores de todo el mundo a reflexionar sobre esas transformaciones, partiendo de argumentos y posturas teóricas diversas que buscan explicar esta emergencia, su modelo económico-político y un posible reordenamiento mundial, en el que Estados Unidos deja de ser el actor principal.

La intención de este capítulo es considerar el debate teórico de la academia latinoamericana con respecto a China en los primeros 17 años del siglo XXI, para distinguir sus posturas frente a ella y a las relaciones sino-latinoamericanas.¹²

Las relaciones entre China y América Latina, una mirada desde Latinoamérica

El análisis de los académicos latinoamericanos se hace alrededor de dos tendencias: entre partidarios de la interpretación dependientista (en sus diferentes variantes), y entre partidarios de la interpretación ganar-ganar o interdependentista; lo que ha resultado en una buena cantidad de literatura.

12 El debate se construyó con las argumentaciones teóricas de los académicos latinoamericanos que publicaron sobre China-América Latina entre 2000 y 2017, en las plataformas indexadas de Scopus, Redalyc y Scielo.

Ariel Slipak de Argentina, Moreira Cunha y Da Silva Bichara de Brasil son algunos de los pensadores que han trabajado esta temática desde una interpretación dependentista.

Para discernir los enfoques teóricos de estos autores, así como el sentido de sus construcciones discursivas, es necesario hacer una pregunta clave: ¿cuál es el rol que está jugando China en la política y economía de América Latina?

Una gran parte de la bibliografía revisada considera a China como un país emergente; Slipak y otros autores la introducen ya en la lista de las grandes superpotencias.

Una de las transformaciones más importantes para la economía global y las relaciones de poder a principios del siglo XXI ha sido el ascenso de China como gran potencia y la influencia que, en consecuencia, ha comenzado a ejercer en la periferia del sistema. Si bien la mayoría de los gobiernos de América Latina rechazan las políticas otrora implementadas por el Consenso de Washington, resulta llamativa la aceptación de un nuevo esquema de vinculación asimétrico con otra gran potencia, que tiende a fomentar la reprimarización productiva de sus economías. (Bolinaga y Slipak, 2015, p. 33)

Para este grupo de académicos la cooperación Sur-Sur, propuesta por el gigante asiático, alude a un tipo de relación de beneficio mutuo, contraria a la que las naciones latinoamericanas han mantenido con la potencia hegemónica del norte del continente. En “estas instancias, China no deja de asumir su nuevo rol global, pero se presenta como un país que, al igual que otros del denominado *Sur* o *tercer mundo*, procura diferenciarse de las hegemonías tradicionales enfatizando la reciprocidad, el mutuo beneficio y la cooperación Sur-Sur” (Slipak, 2014, p. 110).

En los procesos de cooperación, China busca diferenciarse de otros países, especialmente de Estados Unidos, y lo hace citando los principios de no injerencia, no condicionalidad y beneficio mutuo. “China se ha acercado activamente a países cuyas relaciones con

Estados Unidos y los donantes europeos últimamente han sufrido tensiones debido a diferencias políticas profundas o a desacuerdos episódicos” (p. 71).

Según estos autores, el rol que está jugando China a nivel global y con los países latinoamericanos no es el de un país socialista o comunista, sino el de un país procapitalista. Para los estudiosos dependentistas este argumento fue evidente cuando empezó a incorporar reformas capitalistas, como la apertura a la inversión extranjera directa o la flexibilización del sistema de precios. Reformas que fueron impulsadas por Deng Xiaoping a partir de 1978, tras la muerte de Mao Zedong en 1976.

Otra razón para identificarla como procapitalista es que China ha promovido, política y económicamente, un tipo de crecimiento industrial no complejo que se hizo posible en los años 1980-1990 mediante la mano de obra barata; que trajo como consecuencia no solo una maximización de las tasas de ganancia de las transnacionales ubicadas en su territorio, sino también las de las clases capitalistas a escala global.

La globalización de la pobreza está acompañada de la reestructuración de las economías nacionales de los países en desarrollo y de un reordenamiento de su papel en la economía mundial. Las reformas macroeconómicas nacionales que se aplican simultáneamente en un elevado número de países juegan un papel importante en la regulación de salarios y costos laborales a nivel mundial. La pobreza global constituye el suministro del lado de la oferta. El sistema económico mundial se alimenta de mano de obra barata. La economía global se caracteriza por el traslado de gran parte de la base industrial de los países avanzados a los países en desarrollo, donde se encuentran las fuentes de mano de obra barata. El concepto de “economía de exportación de mano de obra barata” fue lanzado en el sudeste de Asia en los años sesenta y setenta con las “industrias intensivas en mano de obra”. Inicialmente estas se limitaron a unos enclaves de exportación (Hong Kong, Singapur, Taiwán y Corea del Sur), pero más tarde en los años setenta y ochenta el desarrollo de la producción con mano de obra barata en ultramar ganó ímpetu.

Desde finales de los años setenta se ha formado una “nueva generación” de áreas de mercado libre, siendo el sudeste asiático, el lejano Oriente, China, Brasil, México y Europa oriental los polos de mayor crecimiento. Esta globalización de la producción industrial afecta a una gran variedad de productos manufacturados. La industria en el Tercer Mundo cubre la mayoría de las áreas de producción (automóviles, astilleros, ensamblaje de aviones, producción de armas, etc.). (Chossudovsky, 1997, p. 1)

Desde 2000 en adelante China camina hacia un crecimiento industrial más complejo; así, con el manejo de patentes y tecnología se convierte en el segundo país económicamente más fuerte a nivel global, segunda potencia militar del planeta, e impulsor de instituciones financieras mundiales. Sin embargo, sus transformaciones internas dependen de la geografía global: anhela los recursos primarios extractivos, aspecto que condiciona sus relaciones con África y América Latina.

Los proyectos que financia China son un ejemplo del rol que este país pretende en la geografía global, uno de los proyectos más representativos es la Franja y la Ruta de la Seda, un plan que beneficia a las burguesías locales y mundiales. En este contexto, el proyecto Belt and Road Initiative (BRI) es fundamental; desde inicios del siglo XXI, China ha sido el socio comercial, inversor y financista más dinámico en América Latina. Esta relación se profundiza con su propuesta de que la región se incorpore a la Nueva Ruta de la Seda o BRI, un conjunto de megaproyectos de infraestructura encabezados por China que vienen a transformar la economía y geografía global (Slipak y Ghiotto, 2019, párr. 1).

El BRI utiliza un enfoque similar al de la OMC y la OECD para delimitar el concepto de la facilitación de comercio. En el documento oficial de la iniciativa, titulado visión y acciones en la construcción conjunta del BRI, se define este concepto como la búsqueda de un “comercio sin trabas” y se propone como pilares la mejora de la cooperación aduanera, el intercambio de información, el reconocimiento mutuo de reglamentos y la asistencia conjunta en la aplica-

ción de las políticas de facilitación. Al mismo tiempo, se pone énfasis en mejorar la cooperación bilateral y multilateral en los campos de inspección y cuarentena, certificación y acreditación, mediciones estadísticas y en colaborar para garantizar que la OMC-AFC entre en vigencia y se implemente. Entre sus principales singularidades, BRI destaca como principios fundamentales complementariedad mutua y abogar por una gobernanza global justa e inclusiva. Esto busca, en términos prácticos, impulsar la cooperación en las industrias emergentes, promover el desarrollo conjunto de tecnología de la información de nueva generación y alentar a toda la cadena industrial a trabajar en concierto. (Bórquez, 2018, pp. 167 y 168)

Para Herreros (2018) esta iniciativa no brindará los beneficios económicos que la promovida propuesta China tiene como objetivo (crear oportunidades comerciales para las distintas naciones en vías de desarrollo), las deudas que los países latinoamericanos podrían contraer para la construcción de los proyectos de la Franja y la Ruta serían un riesgo que posiblemente no asumirán.

La distancia física —junto con la propia estructura productiva y exportadora de la región— basada fuertemente en los recursos naturales, impone límites a la posibilidad de que América Latina se integre a la Fábrica Asia mediante el comercio de la forma en que lo han hecho, por ejemplo, los países del sudeste asiático. Mientras estos son importantes proveedores de bienes industriales intermedios y finales para China, la canasta exportadora de América Latina a ese país mantiene una altísima concentración en un número limitado de productos básicos.

De hecho, el intercambio comercial entre la región y China se asemeja mucho al clásico patrón centro-periferia utilizado por la CEPAL en los años cincuenta para caracterizar las relaciones económicas entre América Latina y las potencias industriales del mundo desarrollado.

El actual patrón de intercambio genera preocupación en la región, especialmente ante el riesgo de desindustrialización derivado de la competencia de las manufacturas de ese país y de las señales de precios que favorecen la especialización en materias primas. (2018, pp. 238 y 239)

Para los dependentistas, a pesar de que los consensos permitan cierto provecho de los proyectos e inversiones, las asimetrías financieras y económicas se multiplican. Por otro lado, los autores insisten en considerar que los proyectos de explotación de recursos naturales financiados por China han traído conflictos ambientales, tensiones socioeconómicas y desigualdad social. “Estos tratados muestran que China no es una potencia contrahegemónica, sino que empuja a nivel de la protección de inversiones el mismo tipo de cláusulas que firman las potencias occidentales con los países menos industrializados” (Slipak y Ghiotto, 2019, pp. 12 y 13). “El país asiático no fue la opción esperada para iniciar el cambio de patrón de especialización primaria”, China, más bien, ha manejado una “relación como cualquier país capitalista del norte, con objetivos de maximización del poder, típicos de un actor que busca competir en la lógica de los poderosos” (Miranda, 2015, p. 111).

Bacchiega (2014) describe la vinculación entre China y América Latina como una relación entre una nación industrializada y un grupo de países proveedores de materias primas. Bacchiega menciona que una de las características de esta región es, efectivamente, la riqueza de su tierra, que produce gran diversidad de productos agrícolas y posee enorme riqueza en recursos naturales y energéticos. Es innegable que la crisis de 2008, financiera y económica, hizo notar al Gobierno chino que su modelo de crecimiento de uso de mano de obra barata y bajas tecnologías no era suficiente para mantener los niveles altos de crecimiento que llevaba, siendo un cambio en el paradigma necesario, urgente e inevitable. Este modelo debía usar, a diferencia del anterior, innovación tecnológica y trabajo cualificado; es decir, mano de obra profesionalizada y —en gran medida— altamente especializada; además, debía estimular el consumo interno y expandirse a nuevos mercados.

Los intereses fundamentales de China en América Latina se centran en la adquisición de materias primas, la obtención de mercados para sus manufacturas, su disputa con Taiwán por el reconocimiento

diplomático y el afianzamiento de alianzas estratégicas como parte de su posicionamiento mundial. (p. 123).

Necesidades que son cada vez mayores, pues las exigencias de mantener los mismos niveles de crecimiento obligan al país a vender cada vez más productos con valor agregado a más mercados, y, a su vez, a importar cada vez más materias primas.

Un último aspecto a considerar es la composición heterogénea de las relaciones que la región mantiene con China, las que se desarrollan de acuerdo a los intereses o afinidades de cada bloque o país. No obstante, las principales motivaciones de los países latinoamericanos para acercarse a China se hallan en la incesante búsqueda del progreso mediante el crecimiento económico, que se deriva de un aumento importante de las exportaciones y del fomento de la IED; además de conseguir una alternativa internacional de socio comercial y colaborador mutuo (Bacchiega, 2014).

Barzola y Baroni (2018, p. 119) analizan “el desarrollo del neoextractivismo en Sudamérica desde la década de 2000, y el rol que este ha tenido en las economías emergentes y en las políticas de promoción interna de cada país”; así como las consecuencias económicas, sociales y ambientales que se desprenden de tal modelo.

Las motivaciones del acercamiento a China por parte de los Estados latinoamericanos varían según los intereses nacionales de cada uno de ellos, no obstante, se pueden identificar tres grandes causas: primero, lograr un proceso de crecimiento económico a través de las exportaciones (*export-led growth*) que permita una política de desarrollo; segundo, la búsqueda de inversión extranjera directa (IED) que ayude a dicho proceso de desarrollo, y tercero, una alternativa de inserción internacional ante los Estados Unidos y Europa, que se han ido replegando de la región. (p. 121)

No obstante, su presencia ha sido blanco de enérgicas críticas por parte de diversos sectores en cada nación, especialmente de los industriales, que han expresado fuertes temores de que se esté desarrollando una nueva (y más peligrosa) dependencia, al reproducirse

el viejo patrón centro-periferia sobre el que teorizaban Prebisch y la CEPAL hace varias décadas y que llevó al desarrollismo. Argumento que —según las autoras—, no se limita a China, sino que se extiende a India y a otros países del sudeste asiático, importantes compradores de materias primas y, también, vendedores de productos con mayor industrialización que los latinoamericanos.

Barzola y Baroni destacan la dependencia que este modelo capitalista neoextractivista ha venido acentuando desde principios de siglo:

Por décadas, la relación entre dependencia y desarrollo ha sido una preocupación constante de académicos y estadistas latinoamericanos, renovada en la actualidad por los efectos que ha generado la globalización sobre aquellos países que intentaron una estrategia de desarrollo en los años ochenta y noventa. La relevancia del tema en la agenda de los Estados se centra en el plano económico-comercial, debido a la creciente competencia internacional por cuotas de mercado, la apertura de fronteras comerciales, el incremento de la inversión extranjera directa —y la lucha por obtenerla— y la necesidad de diversificar socios comerciales. (2018, p. 123)

Es posible afirmar que la dependencia hacia los socios tradicionales de la región, Estados Unidos y Europa, se ha visto notablemente mermada en los últimos años. Con el advenimiento de China algunos países han conseguido cierta diversificación de sus mercados y de su producción; sin embargo, han aparecido nuevos problemas asociados a las viejas dinámicas de la dependencia. Alertan las autoras, y algunos otros estudiosos, “sobre la configuración de una nueva forma de dependencia y la reprimarización de las exportaciones” (p. 123).

La nueva dependencia se expresa en una nueva forma de subalternización de las regiones consideradas periféricas, ya no en términos de Estados desarrollados vis a vis no desarrollados, sino que depende ahora de la demanda a nivel mundial que se haga de estos productos —alimentos, minerales, bienes primarios— y de los capitales extranjeros que se insertan en áreas claves como la megaminería y los agronegocios. [...] Esto nos indica que la presencia del gigante asiático en la región —junto a la de otros países con alta demanda

en materias primas como India— está contribuyendo a fortalecer una estructura de exportación primaria y altamente concentrada en pocos productos de bajo valor agregado. Esto es también una consecuencia de la especialización histórica de los países periféricos en la producción de materias primas que no ha generado las condiciones de desarrollo [...] y, por lo tanto, mejores condiciones para una inserción comercial internacional más autónoma. (p. 124)

La dependencia tiene dos consecuencias negativas para los países exportadores de materias primas. La primera es el aumento de la vulnerabilidad a los cambios externos, como la crisis económica y financiera de 2008, cuando bajaron los precios de las *commodities* porque no había demanda; eso, a su vez, generó la segunda consecuencia: disminuye su capacidad de autonomía frente a los países desarrollados y emergentes que le compran, tanto en el ámbito económico como en el político. En lo económico una crisis como la que acaba de atravesar el primer mundo repercutió en América Latina, en Ecuador,¹³ por ejemplo, las exportaciones no se recuperan todavía.

Barzola y Baroni encuentran que esta reedición de la dependencia de las exportaciones de materias primas de los países de la región ha colocado en el centro del debate un fenómeno denominado extractivismo, y las consecuencias en sus estructuras productivas a mediano y largo plazo para aquellos países que lo permiten. El “extractivismo, entendido como explotación de volúmenes importantes de recursos naturales que se exportan como *commodities*, se basa en lo que David Harvey (2004) denomina acumulación por despose-

13 Alberto Acosta plantea que “la crisis en el Ecuador no es tan solo la de este año (2008) sino que arrastra desde hace dos décadas y media una crisis fundamentada en los resultados de la aplicación del Consenso de Washington. La crisis en Ecuador llega en un ambiente de dolarización y apertura comercial que solo agrava el efecto de los factores que actúan como bandas de transmisión de la crisis internacional como los ingresos petroleros a la baja y el desempleo” (Acosta, 2009, párr. 1).

sión” (p. 125). El extractivismo¹⁴ remite, de este modo, a una profundización de las prácticas más depredadoras del capitalismo.

Luciano Bolinaga y Ariel Slipak, al igual que Barzola y Baroni, sostienen que las relaciones comerciales sino-latinoamericanas expresan asimetrías importantes que, en consecuencia, resultan contradictorias con la retórica china de cooperación. Un análisis cuantitativo de la dimensión comercial de esta relación solo corrobora que los beneficios recíprocos y simétricos entre ambas partes no va más allá del plano discursivo. Y estaría generando resultados perversos, entre ellos:

reprimarización productiva, alta concentración de las exportaciones de la región a escasos rubros (vinculados a los productos primarios) y esquemas de subordinación al país asiático por la inversión extranjera directa de China. Siendo el resultado un tipo de vínculo basado en una lógica de intercambio clásica de especialización de cada país latinoamericano en su propia ventaja comparativa. (Bolinaga y Slipak, 2015, p. 36).

Para Fernández Alonso las asimetrías entre los países latinoamericanos y China no deben verse solo como un desequilibrio económico estructural sino, sobre todo, como “una lógica coercitiva” (2018, pp. 79-81). Las modificaciones suscitadas en la dinámica del sistema internacional con el advenimiento del gigante asiático anticipan —según los académicos dependentistas— el peligro de negociar con China. Con un enfoque estructuralista de la dependencia, los autores Freitas da Rocha y Bielschowsky (2018) analizan el impacto de estas relaciones económico-comerciales. Concluyen que las relaciones entre ambas partes reflejan un nuevo proceso “histó-

14 Gudynas denomina prácticas extractivistas a la apuesta por la exportación de materias primas que han hecho los países del continente, sobre todo los de la parte Sur, debido a su gran riqueza en recursos naturales. “En el neoextractivismo, el Estado es mucho más activo, con reglas más claras (independientemente si estas sean buenas o no), y no necesariamente orientado a servir a amigos del poder político” (Gudynas, 2011, p. 79).

rico-estructural” de dependencia que afecta las bases productivas de la región y refuerzan el patrón de exportación de bienes primarios.

A partir del inicio de la década de 2000, la actuación de China en la región —ya en su admitida calidad de nuevo actor del centro— constituye el nuevo elemento que ha de entenderse en detalle, en el marco de la concepción centro-periferia, y merece por esa razón una atención empírica especial. [...] La literatura sobre la estrategia de China de búsqueda de recursos naturales muestra que el interés de su Gobierno se relaciona de manera central con los objetivos de seguridad nacional y autonomía para crecer a largo plazo. (p. 12)

Para los académicos latinoamericanos que analizan a China desde un enfoque estructuralista de la dependencia, y que comparan su visión con los académicos dependentistas, no hay diferencias en el ascenso y el comportamiento chino frente a aquellas potencias tradicionales como Estados Unidos, e indican que el país asiático, con un discurso que sostiene que las grandes potencias pueden coexistir pacíficamente en lugar de perseguir sus intereses recurriendo a la fuerza o la coerción, ha logrado establecer relaciones políticas y económicas de cooperación bajo la idea de ganancias simétricas. Sin embargo, este nuevo enlace se basa en los fundamentos económicos de las relaciones preexistentes de centro-periferia.

Cunha, Da Silva Bichara y Caputi Lelis (2013) coinciden en que las relaciones sino-latinoamericanas, especialmente sino-brasileñas, siguen un patrón asimétrico. Dicen que los países afectados negativamente tendrían que reaccionar frente a esta amenaza creciente, y analizar si China pretende conducirse como socio igualitario, bajo un patrón Sur-Sur, o al estilo Norte-Sur.

Para James Martín Cypher (2009):

Desde la década de 1980, a buena parte de la región, entiéndase Sudamérica, se le ha visto como una víctima de la depredación del Consenso de Washington, apoyada de manera entusiasta las más de las veces por la élite empresarial y la clase política. (p. 155)

En Latinoamérica pocos son los signos de cambio en la estructura dependiente en recursos naturales; los cambios no han estado ligados a transformaciones económicas y políticas profundas, sino, más bien, hacia los programas sociales. Según el autor sería importante trabajar en tres posibles resultados:

- Diversificación en el marco de una estructura social de acumulación ligada a la exportación de productos primarios.
- Política de transformación que nos regresaría a una versión de la política industrial mucho más dinámica que la ISI, aunque comparta algunas de sus visiones, como la de darle mayor prioridad al mercado interno o la de hacer de las manufacturas la actividad central.
- Regreso al modelo de crecimiento de las exportaciones del siglo XIX, que acabaría por no alcanzar ni el crecimiento guiado por las exportaciones ni el desarrollo guiado por las exportaciones. La lenta y discordante reacción ante el auge de los productos primarios en un periodo de ya casi cinco años hace pensar que, de los tres escenarios, el último es el que tiene más posibilidades de ocurrir (p. 156).

La CEPAL, en un pronunciamiento realizado hace pocos años, planteó que las economías de la región se han dividido de acuerdo con tres claros patrones de acumulación. El primero es la preeminencia del sector dedicado a servicios, que ocupa fundamentalmente al Caribe; el segundo es el de bienes primarios en Suramérica, y, por último, la maquila como la mayor actividad económica en México y Centroamérica.

Tanto México como América Central resultan ser parte del nuevo (o renovado) proceso de primarización. Lo que ambas unidades económicas exportan es el ensamblaje de productos prediseñados que son etiquetados como de tecnología intermedia o avanzada. En otras palabras, las dos regiones están atrapadas en un proceso de subprimarización: en lugar de exportar productos nacionales tales como vino, piel, hierro bruto, plomo o cobre, la elección primera va

hacia la exportación de mano de obra barata por vía de los productos manufacturados (p. 158).

Según Martín Cypher, lo que se exporta es fuerza de trabajo barata, no cualificada y menos capacitada, lo que indudablemente representa un retroceso de enormes dimensiones, un salto cualitativo hacia atrás en comparación con la producción y exportación de materias primas.

Para los académicos dependentistas las relaciones sino-latinoamericanas abarcan un enorme y complejo conjunto de elementos, sin embargo —como ya detallé—, la configuración de una forma regresiva básica del modelo exportador de fuerza de trabajo barata es, evidentemente, uno de los elementos que habría de analizar en detalle, porque constriñe las posibilidades de desarrollo económico en América Latina.

En el artículo “La inserción comercial de China en Latinoamérica”, de Jorge Alberto López Arévalo y Óscar Rodil Marzábal (2019), se estudian los intercambios bilaterales de China con México, Chile, Costa Rica y Perú, desde 1995 hasta 2017, desde la óptica intraindustrial; y analiza la incursión de China en América Latina como exportador de manufacturas y gran importador de materias primas.

Indican que los principales productos exportados por China a Chile, Costa Rica y Perú, entre 1995-2017, son máquinas y material eléctrico; aparatos mecánicos y sus partes; vehículos, automóviles y sus partes; prendas de vestir de punto y no de punto; calzado y artículos análogos; partes, hierro y acero, fundición; plásticos y sus manufacturas. Los principales productos importados por China procedentes de Chile, Costa Rica y Perú, entre 1995-2017 son: máquinas y material eléctrico; cobre y sus manufacturas; minerales, escorias y cenizas; pulpa de madera y derivados; frutas, madera, carbón y manufacturas de madera; óptica, fotografía y aparatos médicos; pieles (excepto la peletería) y cueros; residuos de industria alimentaria; azúcares y artículos de confitería; combustibles minerales, aceites, etc. (pp. 157 y 158).

México, por el tamaño de su mercado, es un importante destinatario de las exportaciones manufactureras chinas, en el caso de Chile, Costa Rica y Perú, países con tratados comerciales con China, la relación se explica por la necesidad de esta de acceder a recursos naturales. Su relación con estos países apunta “al predominio de un patrón de comercio interindustrial basado en gran medida en ventas comparativas tradicionales” (p. 163).

En este modelo de intercambio, los países de América Latina no han podido ingresar en el amplio mercado chino de forma dinámica, “mientras que China opera cada vez más con base en ventajas dinámicas, relacionadas con su protagonismo en el contexto de la fábrica mundo” (p. 160).

Pamplona y Cacciamali (2017) identifican e interpretan el potencial y los riesgos “de una estructura de producción más concentrada en las industrias intensivas en recursos naturales” (p. 258). Analizan si los recursos naturales pueden considerarse claves del desarrollo de los países de América Latina o su maldición. Para los autores la iniciada hipótesis de Prebisch-Singer, y suministrada por Staples Theory, “tiene ahora nuevos ingredientes traídos por las alteraciones del nuevo contexto histórico de esos países latinoamericanos” (p. 261).

La aparición de nuevas investigaciones en torno al papel de las materias primas en el desarrollo económico de América Latina están en auge; es posible —dicen los autores— observar un conjunto de reflexiones que demuestran tal interés, e incluyen ciertas preguntas de académicos sobre la temática, como por ejemplo, “si las *commodities* actuales son o no semejantes a las del pasado” (Cacciamali, Bobik y Celli, 2012, p. 93), o “cómo evolucionar hacia la especialización en actividades más intensivas en tecnología que permitan la creación de nuevos productos y, por lo tanto, a conquistas de nuevos mercados” (Roca, 2012, p. 32). Para Cacciamali, Bobik y Bobik (2012) este tipo de preguntas son importantes de considerar, especialmente por par-

te de “los países que deben prepararse para huir de las trampas que afectaron a países productores de *commodities* en el pasado” (p. 93).

La importación por parte de China de minerales e insumos de todo tipo son, para los dependentistas, el camino hacia impactos sociales y ambientales.

Francisco Javier Valderrey Villar y Daniel Lemus Delgado (2019) en “Minería, movimientos sociales y la expansión de China en América Latina”, analizan el origen de los impactos sociales y ambientales que la minería en manos de empresas extractivas chinas ha ocasionado.

En la medida en que las compañías chinas son motivadas por la lógica del capital y el beneficio económico, producen externalidades que impactan a los países periféricos, y especialmente a sus comunidades. Para los dependentistas la lógica del capital es la que enmarca las relaciones entre los Estados en el sistema internacional y, al mismo tiempo, determina las relaciones en el interior de los Estados entre los diversos actores. Por lo tanto, el Gobierno chino en el plano internacional y las compañías mineras chinas que operan en los países latinoamericanos actúan teniendo en común la misma finalidad: el aprovechamiento de las condiciones derivadas de un sistema capitalista que privilegia la racionalidad del beneficio económico sobre otro tipo de racionalidades. (p. 379)

La expansión de la minería y de las empresas extractivas chinas en América Latina se enfrenta a una dura oposición, por el impacto en las comunidades locales donde operan, en las que generan daños ambientales, de salud y graves problemas sociales: “corrupción de las autoridades locales y uso indebido de la fuerza para eliminar derechos sociales” (p. 403).

Sergio Martín Páez (2019) explica que el ascenso de China ha significado para ALC un retorno a la reprimarización. China controla actualmente, a nivel global, un gran número de empresas extractivas mineras y petroleras; su objetivo es garantizar la comercialización de petróleo, hierro y cobre. Por otro lado, el ascenso chino ha fortale-

cido a las élites latinoamericanas. En este sentido, las exportaciones extractivo-primarias no necesariamente han generado empleo, sino, más bien, han recreado dilemas históricos en América Latina, como la acumulación de capital por ciertos grupos económicos dedicados a la explotación y extracción de recursos, un dilema que ha traído problemas de sostenibilidad ambiental.

Las elevadas tasas de crecimiento chinas volvieron su patrón de acumulación cada vez más dependiente de la importación de recursos naturales. Además de su escasez relativa, la producción de materias primas en China presenta diversos problemas que limitan un aumento significativo de su oferta interna: principales campos petrolíferos maduros y producción en declive; alto costo de producción de mineral de hierro y bauxita; baja relación entre reservas y producción de minerales como cobre (17 años), manganeso (15 años), plomo (7 años) y cinc (8 años), entre otros. Con respecto a la soja, la política de seguridad alimentaria volvió la producción de cereales más atractiva que el cultivo de la oleaginosa. (2019, párr. 4)

Para Erthal Abdenur y Marcondes de Souza Neto (2013), no todas las relaciones bilaterales de cooperación tejidas con el gigante asiático son positivas. “En Perú y Ecuador, por ejemplo, las empresas chinas se han visto envueltas en conflictos con grupos indígenas y autoridades locales sobre desacuerdos laborales, fiscales y medioambientales” (p. 71). Sin embargo, y a diferencia de estos autores; Ray y otros (2016, p. 165), a partir de un estudio de caso realizado en Ecuador, mantienen que las empresas chinas instaladas en el país han logrado establecerse de manera positiva, todo gracias a que:

Ecuador cuenta con un sólido marco legal para la industria petrolera, incluida una Constitución que reconoce los derechos de la naturaleza, y una legislación más específica que exige que los proyectos petroleros realicen el EIA,¹⁵ consulten con la comunidad local, respeten el territorio indígena, contraten trabajadores ecuatorianos y compartan las ganancias con ellos, y paguen impuestos sustanciales

15 Se refiere a un estudio de impacto ambiental.

para financiar las inversiones públicas en las comunidades afectadas.
(p. 165)

Para Ray y otros, el caso ecuatoriano sería un ejemplo a seguir, especialmente en los países latinoamericanos donde las relaciones entre las compañías mineras o petroleras chinas y las comunidades locales han sido negativas.

Según Carlos Larrea, no todas las empresas extractivas chinas han tenido relaciones efectivas, puesto que existen más señales de alarma sobre los impactos que las inversiones chinas ocasionan en el medioambiente que situaciones positivas. Por ejemplo, en Ecuador, entre 2006 y 2007, empresas chinas enfrentaron dificultades con las comunidades indígenas de Tarapoa y Orellana, en ambos casos los enfrentamientos generaron tristes altercados. Otra situación es la extracción de materias primas en áreas ecológicas sensibles, como en las tierras petroleras de Ishpingo, Tambococha y Tiputini (ITT), en la Reserva Nacional Yasuní (2013).

Petroamazonas, la empresa que extraerá el petróleo del campo ITT, construyó recientemente una carretera de más de 19 kilómetros al interior del parque en el Bloque 31, contiguo al ITT, así lo demuestran las fotografías de *National Geographic* publicadas en enero de 2013. Las carreteras representan amenazas graves a la biodiversidad y facilitan la cacería, la tala ilegal de madera, así como la colonización (2013).

Según Gelb, citado por Larrea:

Ningún país exportador de petróleo logró canalizar eficientemente para su propio desarrollo los recursos provenientes de los altos precios del petróleo obtenidos entre 1973 y 1985. En general, los resultados fueron desalentadores. La teoría de la enfermedad holandesa sostiene que los efectos de *booms* exportadores asociados a un solo producto, como el petróleo, resultan negativos porque las economías no logran diversificarse y son vulnerables cuando las condiciones externas favorables se terminan. (p. 3)

Las quejas sobre daños ambientales de varios proyectos chinos como “la minera Marcona de la empresa China Shougang, en Perú; la mina Cerro Maimon, en República de Panamá; y la minera Cierra Grande en Argentina” (Ellis, 2014, p. 44) son ejemplos de los daños que la extracción de minerales o petróleo trae a las zonas susceptibles, independientemente del lugar de procedencia de la compañía. Sin embargo, la falta de opciones de los gobiernos latinoamericanos hace de la extracción la única alternativa a corto plazo para la adquisición de recursos (2014).

El ascenso de China no solamente ha generado daños medioambientales por una reprimarización en las exportaciones, sino también otros efectos:

[como] la emergencia de déficits comerciales, la generación de obstáculos a la industrialización, el cambio en la corriente de inversiones y expansión de las inversiones chinas, la ampliación de la brecha asimétrica y formación de relaciones Norte-Sur, la creciente influencia china y debilitamiento del vínculo con Taiwán, el deterioro del comercio intrazona y otros efectos indirectos vía MERCOSUR; además de otras consecuencias vinculadas a cuestiones políticas, sociales, culturales y migratorias. (Oviedo, 2015, párr. 18)

Bolinaga, Slipak y Oviedo coinciden en afirmar que para incentivar su economía China requiere tanto un fácil acceso a las materias primas importadas como inversión directa y concesión de préstamos. Con el objetivo de acceder a materias primas, China otorga préstamos a los países latinoamericanos, que están dirigidos a actividades primario-extractivas y a crear infraestructura que apoye su extracción. Sevares (2015), de la Universidad de Buenos Aires, considera que los préstamos chinos no tienen las condiciones de otros organismos multilaterales; es decir, son notablemente menos exigentes. Además, estima que cuentan con menos requisitos medioambientales, aunque fuentes chinas niegan esta última característica (Wharton University of Pennsylvania, 2015, párr. 7).

Castellanos (2013) hace un análisis crítico del estudio comparativo sobre préstamos chinos en América Latina de Gallagher, Irwin y Koleski; señala que cuatro países latinoamericanos han recibido los mayores préstamos: Venezuela, Argentina, Brasil y Ecuador, que en conjunto recibieron, entre 2005 y 2012, el 90 % de los préstamos concedidos a la región (párr. 18).

Venezuela encontró en China su tabla de salvación para sostener la gran expansión del gasto público en un contexto de acceso limitado al mercado de capitales. Castellanos insiste en que, como en el caso de Ecuador, los préstamos hechos a Venezuela han sido dirigidos hacia sectores extractivos e infraestructura.

El presidente Hugo Chávez, cuando aceptó un préstamo chino de 20 000 millones, contrastó la asistencia china con la ayuda de los países del Norte diciendo que el préstamo chino “no tenía nada que ver con los injustos términos impuestos por las agencias multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI)”, anteriormente prestador de Venezuela. (Abdenur y De Souza Neto, 2013, p. 71)

Erthal Abdenur y Marcondes de Souza Neto (2013) investigan cómo la creciente influencia china no solo está en el terreno de la inversión y de los préstamos, sino también en la asistencia para el desarrollo de los países latinoamericanos; la asistencia se ha dado especialmente a través de la cooperación:

En junio de 2012, durante una visita a Latinoamérica, el primer ministro, Wen Jiabao, propuso la creación de un Foro para la Cooperación entre China y América Latina, y ofreció 15 000 millones de dólares en préstamos iniciales, es decir, más que el monto total de ayuda para ALC del Comité de Asistencia al Desarrollo (CAD) en 2010. (pp. 69-85).

Los gobiernos de Ecuador, Argentina, Brasil y Venezuela, además de ver en China una posibilidad económica han creado un lazo político con el país asiático. El lazo político y económico fue tejido a través de una retórica que, en el proceso, excluía a Estados Unidos y a las viejas instituciones políticas y económicas del sistema inter-

nacional, como el FMI o el BM, que en los últimos diez años fueron perdiendo importancia en favor de otras instituciones financieras, como los bancos y reguladores chinos.

Dussel Peters señala que China ha sido propositiva al generar dinámicas de relación con América Latina, tanto mediante su *Libro blanco*, publicado en 2008 sobre la relación de China con ALC, como por los esfuerzos del Gobierno central para realizar anualmente, desde 2007, las cumbres empresariales China-América Latina. En ambos casos, sin embargo, la respuesta latinoamericana ha sido tímida: no existe un “libro blanco” de ALC sobre China y en las cumbres empresariales no se han planteado con detalle las condiciones, estructuras y limitaciones en la relación ALC-China.

Para Dussel, China:

ha incrementado sustantivamente su presencia en la región, tanto vía organismos internacionales como las Naciones Unidas y regionales como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco de Desarrollo de América Latina (CAF). La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), incluso, acaba de establecer, en su última reunión de enero de 2014, a China como un aspecto significativo de la próxima agenda de la región en un Foro CELAC-China. (Dussel, 2015, pp. 38-42)

Dussel sostiene que es necesario crear una agenda de trabajo para América Latina en el área de comercio, inversión y cooperación. Esta iniciativa permitiría a los países latinoamericanos afrontar en *términos estructurales* viejos y peligrosos aspectos sobre el desarrollo de la región; ligados a un alto y creciente desequilibrio comercial y económico.

Sin embargo, más allá de los riesgos de una futura profundización de la problemática —“aunados al reforzamiento de estas estructuras por la OFDI china en ALC”— los académicos latinoamericanos, así como las organizaciones internacionales en la región, deberían establecer diferencias y similitudes entre los países de Amé-

rica Latina y China, en temas en los que, efectivamente, se pueda instaurar una agenda común latinoamericana (pp. 38-42).

Según Roldán Pérez y otros (2016), uno de los compartimentos que define las relaciones de China con la región es el de la cooperación económica: esta se materializó recientemente “con el establecimiento del Foro Multilateral de la CELAC con China, en donde se formularon los objetivos de cooperación para el periodo 2015-2019” (p. 12).

Roldán Pérez y otros identifican dos retos que ALC deben abordar en su relación con China:

En el marco del primer desafío, se despliega una serie de temas por cubrir. En primer lugar, existe una fragmentación al interior de la región, reflejada en la diversidad de organismos multilaterales con objetivos diversos que se han creado en la misma, como MERCOSUR, ALBA, UNASUR, CARICOM y la Alianza del Pacífico, cada uno constituido por países con diferentes objetivos y necesidades, así como con diversas ideas de cómo deber ser el acercamiento y la relación con China. Por lo tanto, el uso de una estrategia regional para aproximarse a América Latina y el Caribe puede ser contraproducente a la hora de coordinar la cooperación. (p. 109)

Las negociaciones individuales debilitan a los participantes. La región debe negociar con China como un bloque, que pretenda los mismos objetivos y trabaje para conseguirlos. Pero antes los gobernantes y quienes tienen alguna cuota de poder de decisión deben ponerse de acuerdo en los términos. La inexistencia de la institucionalidad pone en riesgo realizar la cooperación; las naciones de la región deben encontrar los mecanismos que les permitan aprovechar, de acuerdo con las potencialidades de cada país, el plan de cooperación propuesto por China. Para ello va a ser necesario coordinar los intereses y necesidades; es decir, que haya voluntad política entre los miembros de la CELAC.¹⁶ En este primer reto es imperativo que

16 Es un mecanismo intergubernamental para el diálogo y el acuerdo político, que incluye de forma permanente 33 países de ALC (celacinternacional.org).

el establecimiento de la comunicación de los costos, beneficios, las cláusulas y condiciones de los acuerdos multilaterales y bilaterales de cooperación que se firmen se hagan con total transparencia; asimismo, es vital una divulgación de los términos de la cooperación, de quiénes forman parte y de cuáles son los compromisos firmados. Es necesario que todo lo que se lleve a cabo en lo relacionado con el plan de cooperación se socialice entre todos los miembros de la institución (Roldán Pérez, y otros, 2016).

El segundo gran reto consiste en emprender un plan que, en un plazo razonable, permita la superación de la primarización del comercio de las economías latinoamericanas y caribeñas con China. Para esto cada país debe emprender un proceso de transformación de sus productos antes de la exportación, para darles un valor agregado antes de su salida del país. Según Roldán Pérez y otros, la CELAC no ha definido una estrategia, ni como bloque ni cada miembro individualmente, que permita superar los problemas institucionales y económicos de dependencia con China. América Latina no debe olvidar, dicen los autores, que lo que China quiere de la región es materias primas, y garantizarse un mercado al que vender sus propios productos.

Por ello, es necesario que los países latinoamericanos consoliden una estrategia mediante la cual se adquiera tecnología en el corto y mediano plazo de países como China, Japón y Corea, de tal forma que se inserten eslabones de este lado del pacífico en las cadenas de valor asiáticas, para efectuar la transición de exportadores de productos sin valor agregado a proveedores de insumos con tecnología media y alta. (p. 110)

Sin la elaboración e implementación de estrategias, la situación beneficia a China, más que a ningún país de la región.

Bárbara Turner (2019) problematiza la relación entre China y América Latina con el objetivo de visualizar la construcción de un nuevo patrón de dependencia que afecta el desarrollo de la región. Los resultados de la investigación muestran que la relación entre

China y los miembros del MERCOSUR se orientan al extractivismo de bienes primarios y energéticos. Varios autores citados por la autora concuerdan en que China, por su necesidad de industrialización y urbanización, genera que las relaciones con estos países sean de carácter económico-comerciales, orientadas a la explotación. Cabe señalar también que las estrategias político-económicas de China han favorecido el surgimiento de disputas comerciales, especialmente entre Argentina y Brasil, afectando la integración económica dentro del MERCOSUR “ya que reavivó nuevas políticas de protección y discriminación sectoriales e industriales” (p. 192).

A pesar de que algunos autores enfatizan acerca de los efectos positivos de China en la región:

La incidencia en la reprimarización de las exportaciones, el impacto en el desarrollo de la industria regional y la transformación de las corrientes intrarregionales, han formado parte, entre otras causas, de las crecientes dificultades para avanzar en el cumplimiento de los objetivos generales del MERCOSUR. (p. 191)

Continuando con Turner:

Cabe preguntarse acerca de qué esperar de las relaciones futuras entre el MERCOSUR y China, ya que actualmente puede ser posible observar la configuración de maniobras divergentes, principalmente entre Brasil y el resto de los Estados miembros del MERCOSUR, puesto que el primero podría acercarse de manera pragmática a Estados Unidos y relegar la relación conjunta del BRICS en general y con China en particular. (p. 193)

Turner considera que el MERCOSUR como bloque regional podría desempeñar un rol primordial, especialmente como plataforma de atracción de inversiones, promoviendo no solo un mayor aprovechamiento del mercado regional, sino también una mayor integración física y productiva. En este sentido, el diseño de marcos regulatorios beneficiosos para la región permitiría mitigar los efectos negativos de la presión competitiva externa China.

Para los estudiosos dependentistas la relación sino-latinoamericana en el ámbito específico de la cooperación para el desarrollo de la región, cobró relevancia a partir del año 2005, cuando China se convirtió en el principal presupuestario para toda la región.

Paradójicamente las actividades financieras y de cooperación han traído graves consecuencias para el desarrollo de los países latinoamericanos.

De un análisis efectuado desde el año 2000 en adelante, sobre la cooperación y financiamiento para el desarrollo, Georgina Cipolletta Tomassian (2019) presenta los siguientes resultados:

- En comparación con los predominantes receptores de Asia y África; América Latina y el Caribe fue una región poco importante para la ayuda oficial al desarrollo (AOD) china, salvo en 2011, explicado por una condonación de la deuda de Cuba por USD 6 millardos (1 millardo = 1 mil millones).
- ALC fue una de las principales regiones receptoras de los otros flujos oficiales (OFO) chinos desde 2007, incluso superando a África y Asia en algunos años. La mayoría de estos flujos fueron préstamos con petróleo como colateral (*loan for oil*).
- El *Libro blanco* de 2008 de política del Gobierno chino sobre relacionamiento internacional inició un auge en los flujos oficiales de este país hacia la región. El Gobierno chino motivó a las empresas a extender negocios en el mundo, resultando en un alto interés en ALC.
- Los flujos oficiales totales de China hacia ALC se concentraron (83 %) en solo 4 países (Venezuela, Brasil, Ecuador y Argentina). Sumando a Cuba y Bolivia, 6 países recibieron 91 % del total de los flujos de cooperación de China a América Latina y el Caribe.
- Los principales receptores de AOD fueron Cuba (con un acumulado de USD 6,7 millardos), Bolivia (USD 2,5 millardos) y Jamaica (USD 1,1 millardos). Los OFO se concentraron en Venezuela (USD 58 millardos), Brasil (USD 26 millardos), Ecuador (USD 22 millardos) y Argentina (USD 21 millardos), sobre todo en préstamos por petróleo.

- El *Libro blanco* de 2016 de cooperación internacional propuso el modelo “1+3+6”: 1 programa, 3 motores (comercio, inversión y cooperación financiera) y 6 ejes (agrícola, recursos naturales, manufactura, tecnología, energía e infraestructura).
- Los sectores receptores de los flujos oficiales chinos de cooperación en América Latina y el Caribe coinciden con los del plan estratégico 1+3+6, aunque se destacan ampliamente los sectores de energía y de infraestructura, con más de la mitad (55,8%, ambos en proporciones similares) del total de los flujos.
- Respecto a los OFO, que representa la mayoría de los préstamos oficiales de China hacia ALC, los principales sectores receptores de estos flujos resultaron ser principalmente energía e infraestructura, incluso en mayor proporción que para los flujos oficiales totales. Estas observaciones arrojan resultados y conclusiones sectoriales similares si se los analiza, en el mismo periodo, tanto desde AidData como desde la base de datos de finanzas de China y América Latina, de The Dialogue.
- A fin de presentar el comportamiento ocurrido entre 2014 y 2018, se usó la base de datos de The Dialogue —depurando bajo criterio propio los sectores de algunos proyectos contenidos— encontrándose que en este periodo la energía y la infraestructura seguían siendo los sectores que reciben más financiamiento de China. Sin embargo, en estos últimos años la energía parece haber adquirido una importancia aún mayor (42 % energía, 19 % infraestructura). (Cipoletta, 2019, párr. 5 y 6)

En otro orden de ideas, Cornejo analiza cómo el Gobierno de China ha elaborado acciones para difundir una autorrepresentación a través de los institutos Confucio. “Por lo tanto, el interés nacional y el poder blando son puntos de referencia teóricos obligados para analizar la política de China hacia México” (2013, p. 645).

Rodríguez y Leiva Van de Maele (2013), al igual que Cornejo, consideran que la cooperación Sur-Sur se ha logrado a través del manejo de un discurso canalizado estratégicamente desde el poder blando. Para los autores, las consecuencias del *soft power* chino han traído para América Latina resultados constatables en el marco de la década de 2000.

En la cual se inicia una nueva etapa en las relaciones sino-latinoamericanas, ya que desde entonces se registran relaciones permanentes y de mayor frecuencia en lo político, económico y cultural. El *soft power* chino, según Rodríguez y Leiva, tiene por objetivo disipar los temores respecto de su auge, y fortalecer una política exterior de “ascenso pacífico”. (p. 511)

En esta nueva etapa de las relaciones sino-latinoamericanas —año 2000— es posible analizar el uso del *soft power* de China hacia América Latina utilizando principalmente cuatro dimensiones de su política exterior.

En primer lugar, la dimensión cultural donde el aspecto más estratégico es la instauración de numerosos Institutos Confucio en varios países de la región; en segundo lugar, la dimensión política que ha potenciado la buena evaluación del modelo de desarrollo chino; en tercer lugar, la dimensión económica que refuerza los lazos de la cooperación sur-sur, y por último, la dimensión militar con énfasis en la cooperación tecnológica y las operaciones de paz. (p. 503)

Villamizar Lamus (2012) analiza el documento sobre la política de China hacia América Latina y el Caribe (2008), texto en el que se plasma su política exterior hacia la región y muestra los elementos sustanciales que revelan la aplicación del *smart power*.

En su prólogo presenta los grandes cambios que ha sufrido la estructura del sistema internacional, donde la “multipolarización del mundo se vuelve irreversible”; así establece que ha llegado a su fin el esquema unipolar liderado por Estados Unidos.

Dice que China está dispuesta a desarrollar la amistad y la cooperación con todos los países de la región, sobre la base de los “Cinco principios de coexistencia pacífica”, que aluden a los establecidos en la Conferencia de Bandung de 1955: El respeto a la soberanía e integridad territorial de cada país. La no agresión. La no injerencia en los asuntos internos de otros Estados. La igualdad en las relaciones. El beneficio mutuo (pp. 38-48).

Concluye el autor que la política exterior china, en especial la concerniente a ALC, tiene serios indicios de poder inteligente.

China ha empezado a aplicar su cooperación internacional en América Latina en diferentes ámbitos, como por ejemplo en el militar, con la donación de equipo de desminado de fondos para la erradicación de minas en Ecuador y Perú, o en el ámbito económico, en el que China tiene once acuerdos comerciales en vigencia con países de la región, en los cuales se destacan los Tratados de Libre Comercio suscritos con Chile, Costa Rica y Perú, que poseen un capítulo específico de cooperación, cuyos resultados concretos pueden apreciarse, por ejemplo, en los nueve acuerdos de cooperación suscritos entre Chile y China en junio de 2011 o el Convenio de Cooperación Económica y Técnica suscrito entre China y Perú en mayo de 2011 [...] Es de esperarse que si prevalece China en esta lucha por la hegemonía en la región, las relaciones no terminen en una instancia en que los Estados de América Latina y el Caribe sean simples proveedores de productos primarios y compradores de bienes manufacturados. (Villamizar Lamus, 2012, p. 49).

Leiteritz (2012) estudia cómo la política exterior china ha moldeado las relaciones internacionales, y si América Latina, bajo este contexto, tiene o no un panorama favorable para su intercambio político y económico. Mediante el empleo de las categorías de *hard power* y *soft power* el autor señala las diferencias en el ascenso y el comportamiento chino frente a aquellas potencias tradicionales como Estados Unidos, y concluye que el país asiático, mediante un buen manejo del poder suave en lugar del poder duro, con un discurso que sostiene que las grandes potencias pueden coexistir pacíficamente en lugar de perseguir sus intereses recurriendo a la fuerza o la coerción, ha logrado establecer relaciones políticas y económicas de cooperación bajo la idea de ganancias simétricas.

Los académicos dependentistas observan cómo, a nivel geopolítico, China incrementa su presencia con una diplomacia sostenida. Según estos autores la retórica china, que sigue una estrategia de *ascenso pacífico*, toma sentido estratégico con el denominado *po-*

der blando. Según los autores dependentistas una gran cantidad de académicos latinoamericanos —entre ellos, economistas estudiosos de las relaciones internacionales—, se han dejado sorprender por el advenimiento de China y sus altas tasas de crecimiento económico. Construyéndose alrededor de ella una mirada *apologética* de su incursión, que sería en realidad una visión ensalzadora de las bondades del capitalismo.

A diferencia de los autores latinoamericanos dependentistas, los académicos interdependentistas conciben las relaciones sino-latinoamericanas desde otro enfoque de la dependencia.

Aunque algunas propuestas son compartidas, quedan muchas diferencias importantes entre los autores sobre la dependencia. Pueden distinguirse dos posiciones importantes: la reformista y la marxista. Algunos de los principales autores reformistas sobre la dependencia son Fernando Henrique Cardoso, Osvaldo Sunkel, Celso Furtado, Helio Jaguaribe, Aldo Ferrer y Aníbal Pinto. Sus ideas son más bien vistas como un nuevo desarrollo de la escuela estructuralista en tanto ellos tratan de reformular la posición desarrollista de la CEPAL a la luz de la crisis de la industrialización sustitutiva. Dentro del campo marxista de la dependencia están las obras de Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, André Gunder Frank, Oscar Braun, Vania Bambirra, Aníbal Quijano, Edelberto Torres Rivas, Tomás Amadeo Vasconi, Alonso Aguilar, Antonio García, entre otros. No obstante, a ellos se les conoce más bien como neomarxistas en tanto que cuestionan el rol progresista del capitalismo en los países dependientes. (Kay, 1991, pp. 101-113)

Los autores interdependentistas abordan esta relación como una suerte para América Latina. Priorizando para el análisis las relaciones Sur-Sur, la hegemonía de los Estados Unidos, y viendo a China como una alternativa económica y de apoyo.

Theotonio Dos Santos (2010) sostiene que los países que formaban parte del centro de la economía mundial —Estados Unidos, Europa y Japón— han sido desplazados por el crecimiento de los países emergentes —Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica (BRICS)—,

y por casi todos los países en desarrollo. Esta afirmación se justificaría por los acontecimientos que siguieron después de la crisis que estalló en Estados Unidos en 2008, que provocó un cambio en el orden económico mundial.

Las relaciones Sur-Sur son vistas por el autor no como una retórica, sino como el anhelo de una cooperación entre los países del Sur.

En el presente periodo este anhelo se canaliza por medio de una propuesta de acción mancomunada entre las potencias emergentes en la economía mundial. China, India, Brasil, Sudáfrica, y Rusia, los nuevos liderazgos económicos y políticos inspiran gran esperanza en el resto del mundo. (2010, p. 56)

Dos Santos (2010) considera que los países de Latinoamérica deberán decidir si intentan integrarse bajo el signo del panamericanismo de inspiración estadounidense (ALCA), o si se articulan entre sí y con el resto del mundo, como lo demostró Brasil al oponerse a una ALCA unilateral. El autor anuncia el inicio de una fuerte articulación entre los centros de investigación y las universidades del BRICS, con el objetivo de pensar y estudiar sistemáticamente el destino de estas potencias emergentes de la economía mundial. “La reacción de la Academia de Ciencias Sociales de China a esta propuesta ha sido definitiva. [...] Es impresionante constatar la visión estratégica que el liderazgo político e intelectual de China ha incorporado” (p. 69).

Si miramos la escena internacional en el inicio del siglo XXI veremos de un lado la pérdida de dinámica del capitalismo central, de las instituciones que los sostienen y de su condición de ordenador de la economía mundial. De otro lado, nuevas potencias que emergen en el escenario global determinando cambios cada vez más importantes, aunque insuficientes para cambiar totalmente la calidad del sistema mundial. Pero se trata claramente de una fase de transición hacia un nuevo orden mundial y un nuevo sistema mundial [...]. Durante este período de transición, las potencias continentales y las integraciones regionales jugarán un papel muy importante para organizar este nuevo sistema mundial. (p. 43)

Es importante para los interdependentistas el papel que está cumpliendo China en el desarrollo de este nuevo régimen internacional, especialmente como socio comercial de América Latina en la coyuntura contemporánea; sin embargo, sus análisis se centran en la crisis del sistema mundo y la pérdida de la hegemonía estadounidense.

Para Pierre Gilhodes (2003), con la guerra de Iraq se alteraron los parámetros del sistema internacional:

En el año 2003, la situación internacional conoció una significativa evolución con la ocupación militar de Irak por los Estados Unidos y sus aliados. No fue solamente un cambio en la relación de fuerzas prevaleciente en el agitado Medio Oriente, sino también un acontecimiento que, antes, durante y después de la parte propiamente militar del conflicto, permitió visualizar adhesiones, rechazos, reticencias, o reveladores silencios. (p. 19)

Gilhodes cita a Huntington, para quien los análisis sobre los cambios en el sistema internacional abordan la posibilidad de un sistema “uni-multipolar”, “con una superpotencia y varias grandes potencias”, y observa que Estados Unidos preferiría un sistema unipolar y otros un sistema multipolar (Huntington 1999 citado en Gilhodes, 2003, p. 35). Al igual que Huntington, autores como Johan Galtung y Zbigniew Brzezinski ya describían un mundo multipolar.

Mariano Aguirre y Mabel González (2003), al igual que Gilhodes, confirman que “entre septiembre de 2001 y marzo de 2003 el funcionamiento del sistema internacional experimentó un profundo cambio. A partir de la guerra contra Irak se inicia un periodo de incertidumbre y posiblemente de mayor violencia” (p. 5).

Los ideólogos neoconservadores plantean la destrucción del sistema multilateral y promueven el liderazgo indiscutido de Estados Unidos. Si bien evitan usar el concepto de Imperio, sin embargo, proponen una sumisión y adhesión de otros Estados a su liderazgo, especialmente militar, que implica un resurgimiento de ese concepto. (p. 8)

Varios académicos y organismos multilaterales apelan al pragmatismo como alternativa a las políticas económicas, guiando sus miradas hacia China. Este tipo de pensamiento va en contra de aquel mundo pensado desde los “realistas”, que ponen el interés del Estado por encima de cualquier tipo de alianza o cooperación que esté lejos de sus intereses.

Hernández Pedraza (2010) destaca, como uno de los temas más relevantes del panorama internacional en el siglo XXI, las relaciones de Estados Unidos y China. Esta potencia, según la autora, es un país que “asume un papel cada día más relevante en las relaciones económicas internacionales, y el peso que alcanza su desarrollo, paulatinamente, le permitirá incluso hacerle frente a Estados Unidos. La primera potencia mundial en la actualidad” (p. 101).

En los últimos años China ha contribuido al crecimiento económico mundial en una proporción de alrededor de 11 % anual, ubicándose en segundo lugar y solo precedida por Estados Unidos. Ambas economías son consideradas por los expertos internacionales como las locomotoras del sistema económico imperante, aunque la norteamericana todavía marca el paso, ya que su aporte representa el 55 % del crecimiento económico mundial. (WEO 2009, citado por Hernández Pedraza, 2010, p. 101)

Según Hernández Pedraza (2010), las autoridades estadounidenses observan el crecimiento económico de China con recelo, al igual que sus relaciones con zonas y regiones subdesarrolladas; consideran un peligro la estructura de las inversiones chinas y su destino. “China ha incrementado de forma significativa su presencia en las regiones subdesarrolladas. Sus inversiones se han alejado de su área tradicional, Asia, para adentrarse en América Latina y África” (p. 118).

La región latinoamericana ocupa el segundo lugar como receptora de IED (inversión extranjera directa) proveniente de China y los flujos se concentran en sectores como energía, minería, infraestructura y agricultura. Si en 1999 estas inversiones sumaban 8200

millones de dólares, para 2007 la cifra ya se elevaba a 70 000 millones de dólares (p. 120).

La preocupación más grave de Estados Unidos ha sido expresada por los portavoces del FMI y del BM, que señalan cómo los prestamos chinos sin restricción “minaban años de esfuerzos esmerados para poner en orden el alivio de la carga de la deuda condicionada” (p. 120). El hecho de que China pueda ofrecer préstamos ahora podría debilitar la influencia imperial sobre las economías subdesarrolladas.

Para la CEPAL la posibilidad de que Latinoamérica incremente sus relaciones económicas con China es una ventaja que no se debería desaprovechar.

China actualmente es el polo más dinámico de la economía mundial. Los crecientes vínculos comerciales de China con los países en desarrollo, y ahora con los países menos desarrollados, han permitido un cierto desacoplamiento de la actual crisis mundial. Ha generado en las economías de los países menos desarrollados estabilidad económica a diferencia del ciclo adverso de las economías avanzadas. Gran parte de las perspectivas del crecimiento de la economía mundial de los próximos años dependerá de la capacidad de China de potenciar los vínculos comerciales y de inversión con otras regiones y economías en desarrollo como las de América Latina y África. (CEPAL, 2008-2010)

Tokatlian, en *Una mirada desde América Latina*, plantea que el principio del siglo XXI muestra cierta incertidumbre y gran complejidad en las relaciones políticas, económicas y de seguridad entre América Latina, la República Popular China y Estados Unidos.

Además, como lo establece Xiang Lanxin [...] este triángulo pone también en evidencia el retorno de la geopolítica. Este es un caso interesante porque en él se entrecruzan las políticas de una superpotencia dominante, con las de un poder ascendente en una región periférica. Esto implica reconocer una visión relacional entre Latinoamérica-China-Estados Unidos, que se inscribe en un contexto histórico, político y social cuyas circunstancias, condiciones y

opiniones producen un modo de vinculación conflictivo, cooperativo y mixto. (2009, p. 77)

Para Tokatlian, Beijing (Pekín) “se aproxima al área a través de una activa diplomacia económica caracterizada por el pragmatismo, apoyada en la conciliación, buscando la estabilidad, preocupada por no irritar a Washington y dirigida a fortalecer los vínculos interestatales” (p. 80).

Por lo tanto, el despliegue chino en la región es moderado, no se muestra desafiante y se nota a favor del *statu quo*. “A pesar de lo que ciertos sectores ideólogos en Washington puedan alentar, la región no debe sentirse insegura frente a Beijing” (p. 80).

Según este autor, las relaciones entre Washington y Beijing son mayores a sus relaciones con América Latina: en breve asistimos a una desnivelada relación trilateral que no produce fricciones automáticas ni intereses antagónicos. En todo triángulo existen elementos de competencia, en especial entre sus vértices más fuertes. Sin embargo, la existencia de un triángulo que no es estratégico implica que es más fácil identificar ámbitos de cooperación tripartita. En este sentido, es bueno recordar que la cooperación es producto de la elección y de las circunstancias (p. 83).

Mientras Tokatlian habla de cooperación y de relaciones tripartitas entre Latinoamérica, Estados Unidos y China; Santos y Hernández consideran al gigante asiático como una posibilidad alternativa distinta, que no incluye a Estados Unidos.

Alexander Tarassiouk (2007) dice que China, siendo un país en transición, es una nación que ha tenido éxito en su paso de un modelo comunista de gestión a una economía de mercado. El autor trata el concepto y las estrategias del “pragmatismo económico”, consecuentemente aplicado en China y, con base en este, las reformas de mercado. Según Tarassiouk, el pragmatismo y el Estado actúan como una voluntad política para el desarrollo, capaz de guiar una reforma centralmente guiada.

El origen del pragmatismo se debe en parte a los fracasos de los conceptos y estrategias inmediatas anteriores a él y está llamado a llenar un vacío temporal en el campo de la teoría y la práctica. [...] los fracasos en el ámbito de las teorías y políticas de la economía de mercado últimamente se relacionan con el llamado fundamentalismo de mercado. [...] En este sentido amplio de la palabra el “fundamentalismo” puede ser definido como una teoría y unas políticas desatinadas. (p. 130)

El análisis de las raíces económicas del pragmatismo y fundamentalismo revela que su coexistencia no es casual, porque realmente son dos lados, dos reflejos, de un solo proceso, a saber, el surgimiento y el desarrollo de un conflicto interno de la misma economía actual de mercado. La naturaleza de la transición en China se puede explicar en los marcos de las tendencias y contradicciones del capitalismo de hoy. En esta lógica las reformas actuales en China no tienen la naturaleza socialista de las anteriores, sino desarrollista y objetiva e independientemente de las visiones ideológicas oficiales. (p. 130)

Lo que la experiencia china demuestra es que una buena articulación entre todas las partes puede resultar provechosa para el desarrollo. Eso incluye al Gobierno tanto a nivel nacional como regional, y a las empresas tanto privadas como estatales. Una economía articulada donde todas las partes tiene unos objetivos comunes y actúan en conjunto para lograrlos. (Vélez Rojas, 2021)

Para los autores interdependentistas el modelo económico chino podría ser una opción para los países periféricos.

Según David Castrillón citado en Vélez Rojas (2021):

Pese a las amplias diferencias económicas, culturales, políticas y demográficas, lo realizado por la nación asiática es un ejemplo para la región latinoamericana pues mostró la manera de crear una economía más resiliente, un modelo de desarrollo que piensa en los más desfavorecidos. (párr. 7)

Castrillón identifica tres aspectos del modelo económico chino, los cuales podrían servir como ejemplo. Primero, una disposición pragmática y no ideológica. Segundo, un sistema más meritocrático, en el que a los políticos se les mida a partir de los resultados que tengan de desarrollo (sacar a personas de la pobreza, mejorar las

condiciones ambientales, etc.) Y, por último, políticas efectivas para combatir la corrupción en todos los niveles, uno de los mayores obstáculos en América Latina y el Caribe. (párr. 12)

Los académicos interdependentistas sostienen que las relaciones económicas y políticas entre China y Latinoamérica han tenido consecuencias relevantes sobre esta última; el impulso de la demanda proveniente de los productos de exportación fue una de las razones del aumento de los precios hasta el año 2011.

El crecimiento económico de Asia ha significado un impacto dramático en las economías de América Latina, abriendo nuevos mercados para los abundantes recursos naturales de la región. El puntal histórico de Asia en el escenario económico mundial también ha permitido a América Latina diversificar aún más sus mercados de importación y exportación, aumentando las oportunidades y reduciendo algunos riesgos. Asia también se ha convertido en un valioso socio para los responsables políticos latinoamericanos interesados en negociar acuerdos comerciales preferenciales para sus naciones.

En lugar de retirarse a una postura defensiva, América Latina, con algunas excepciones, ha optado por una estrategia enérgica: buscar la apertura de mercados en Asia, mejorar el clima empresarial nacional y atraer la IED. Por otro lado, los productores y exportadores latinoamericanos tienen cada vez más acceso a los mercados del sudeste asiático.

Con este objetivo, los gobiernos también están llevando a cabo reformas estructurales, como lo exigen las instituciones internacionales de desarrollo, para mejorar su competitividad internacional: aumentando las tasas de ahorro e inversión y fortaleciendo sus posiciones fiscales, mejorando así el funcionamiento de los mercados y las agencias reguladoras, perfeccionando los sistemas educativos y la infraestructura de transporte y, en general, perfeccionando el clima institucional.

Fomentar las inversiones extranjeras es otra estrategia para promover los flujos comerciales, a medida que los proveedores locales se incorporan a las cadenas de suministro internacionales. En la siguiente fase de la integración económica y transpacífica, los inversionistas asiáticos, ricos en capital, colocarán grandes apuestas en América Latina, mientras que las multinacionales con sede en América Latina extenderán cada vez más su alcance global a Asia.

Los países latinoamericanos no tienen capacidad real de generar propuestas individuales, por ello, tienen que actuar en conjunto y sin excesivas expectativas, con el objetivo de dar un salto cualitativo en la vinculación, que no solo les permita desarrollar una vinculación comercial más favorable, sino también alcanzar una efectiva asociación estratégica, que aborde distintas áreas de cooperación. (Milet, 2018, p. 220)

Este modificado escenario internacional pone en evidencia que América Latina debe reforzar sus lazos (comerciales, de cooperación y culturales) con la República Popular China, pero no de cualquier manera, puesto que en esta tarea la región debe priorizar el pragmatismo, la idea de igualdad y la corresponsabilidad.

Autores como Legler, Turzi y Tzili Apango (2018) consideran que América Latina ha emprendido en este nuevo milenio una búsqueda de autonomía mediante la creación de nuevos regionalismos. Esta autonomía se ha promocionado por medio de organizaciones de índole regional y subregional (ALBA, CELAC, entre otras). Aunque resulta paradójico que este contexto de ascenso del regionalismo —autores como Riggiozzi y Tussie (2012) y Sanahuja (2012) hablan de un regionalismo posneoliberal y poshegemónico— coincida con un aumento sin precedentes de los relacionamientos entre China y América Latina, que algunos analistas ven como positivos para la búsqueda de autonomía regional, en particular en lo que respecta a Estados Unidos. “Sin embargo, es sorprendente que existan tan pocos estudios sistemáticos sobre el impacto de China en la cons-

trucción de la gobernanza regional autónoma en América Latina” (Legler, Turzi y Tzili Apango, 2018, p. 244).

Estos autores consideran que a pesar de que China no está particularmente interesada en exportar a la región su modelo de gobierno y, al parecer, su diplomacia económica es de tipo benigno, es innegable que promueve sus maneras propias y preferidas de tratar sus crecientes relaciones con los países de América Latina: “incluso si el Gobierno chino no está interesado en una contienda estratégica con Estados Unidos por la dominación en ALC, su peso económico en expansión incrementa su apalancamiento sobre la elaboración de políticas públicas entre los gobiernos de la región” (p. 257).

Arnson y Heine (2014) estiman que hay razones para un moderado optimismo en la relación de China con los países de la región. Chile proporciona un ejemplo temprano de cómo los vínculos con Asia impulsaron un crecimiento económico sostenido. Desde 1990 hasta 2008 (desde la transición a la democracia hasta el inicio de la crisis financiera mundial), Chile tuvo el desempeño económico más fuerte de cualquier país de la región, con una tasa de crecimiento anual promedio del 5 %. Una parte importante de este éxito se deriva de una cierta perspectiva sobre cómo relacionarse con la economía política mundial en general, y con Asia en particular. Luego de 17 años de dictadura militar y la década perdida (la de 1980, marcada por la crisis de la deuda regional, la alta inflación y el estancamiento), Chile enfrentó algunas decisiones difíciles en términos de sus opciones internacionales. Terminó adoptando lo que se ha descrito como una política comercial internacional “lateral”. Esto representó un compromiso entre varias alternativas (apertura unilateral de la economía, uniéndose a uno o varios de los esquemas de integración regional, o simplemente a la liberalización multilateral del comercio), pero agregó algo más: obtener acceso a los principales mercados del mundo (2014, p. 15).

Si los acuerdos de libre comercio fuesen el instrumento de elección para abrir mercados externos, Asia sería el enfoque geográ-

fico de Chile. A principios de la década de 1990 se produjo un cambio sutil pero significativo: la región Asia-Pacífico se convirtió en la nueva frontera económica de Chile. La Fundación Asia-Pacífico se creó para promover vínculos en el océano más grande del mundo. En 1994 Chile fue el segundo país latinoamericano en unirse al foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC) (México lo había hecho en 1993), que en ese momento era una entidad de perfil bajo. A esto le siguieron esfuerzos sistemáticos para fortalecer la presencia de Chile en Asia, especialmente en Asia oriental.

China fue el objetivo principal de esta política, pero también Japón, Corea del Sur y Taiwán (con los cuales los flujos comerciales siguieron expandiéndose, a pesar de las buenas relaciones con la República Popular China). Solo los números cuentan una historia dramática. Chile, un país de 17,8 millones de habitantes, vio crecer sus exportaciones de 9000 millones de dólares en 1990 a 80 000 millones de dólares en 2012. Su atractivo para la IED se reflejó en una relación entre esta y el PIB del 65 %, una de las más altas del mundo, y 26 4000 millones en IED en 2012, en América Latina, superada solo por Brasil, con un PIB más de ocho veces mayor que su tamaño. Este desempeño se remonta a la noción mejor resumida de “globalización como asiaticización” (Arnson y Heine, 2014).

Mario Pezzini, director del Centro de Desarrollo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), en un coloquio internacional, dijo que China ha contribuido en gran medida al progreso material de los países de América Latina en los últimos años; agregó que la experiencia en desarrollo de la nación asiática puede ser una inspiración para todos los países en desarrollo de ALC. En un informe conjunto de la OCDE, la CAF y la CEPAL, titulado “Perspectivas económicas para América Latina 2016: hacia una nueva asociación con China”, se plantea una serie de sugerencias sobre lo que deben hacer estos países para profundizar y mejorar su asociación de cooperación, en vista de que las relaciones de los países de la región con el gigante asiático se han tornado vitales para su desarrollo. Este

informe reconoce que en los últimos veinte años el centro de gravedad del sistema económico mundial se ha alejado de las economías más avanzadas de la OCDE, para acercarse hacia China y las demás economías emergentes, entre ellas las de América Latina. Esta transformación en evolución en la economía mundial ha dado lugar a lo que el informe llama un proceso de “cambio de riqueza” a las economías emergentes y, en menor medida, a los países en desarrollo en general. Las relaciones entre los países de ALC y China están evolucionando en este periodo de transformación; el informe predice que continuarán evolucionando más allá de los patrones existentes de comercio e inversiones (OCDE, CEPAL, CAF, 2016, p. 73).

El informe sostiene que la naturaleza cambiante de las relaciones con China desafía a los países del tercer mundo a adoptar reformas políticas específicas que contribuyan a su desarrollo. Las reformas que se sugieren incluyen condiciones adecuadas para las inversiones chinas, las que, de llevarse a cabo adecuadamente, traerían beneficios en infraestructura, diversificación en las exportaciones, financiamiento de bancos y empresas chinas, dispuestas a invertir en el desarrollo de importantes sectores de la automoción y la electrónica, lo que fortalecería estas industrias, aumentando el comercio intrarregional (2016).

Perrotti (2015) considera que el comercio de América Latina con China se ha tornado estratégico en la región, con beneficios directos derivados del intercambio comercial, como los ingresos provenientes de los gravámenes sobre las exportaciones latinoamericanas. El autor destaca lo trascendental que es China para América Latina como receptora de las exportaciones regionales, e insiste en que, para que la dinámica que se espera del comercio bilateral entre China y los países latinos continúe, es necesario sortear los desafíos en materia de infraestructura y logística, con el propósito de evitar potenciales problemas para el comercio exterior, en general, y del intercambio con China, en particular.

Los interdependentistas Montenegro, Pereira y Soloaga (2010, p. 341) analizan los efectos comerciales de China sobre América Latina. Entre las principales conclusiones están: los países de América Latina no desaprovecharon el crecimiento del mercado chino; las importaciones de China no han desplazado a otros tipos de importaciones realizadas entre los países de América Latina; y, por último, solo hay una relación positiva entre las importaciones de China y exportaciones a terceros mercados en el caso del Cono Sur:

El surgimiento de China como una potencia productiva y comercial ha generado inquietud respecto a si puede representar una amenaza para las exportaciones de otros países. Diversos estudios han encontrado que, efectivamente, podría haber efectos adversos principalmente para México y Centroamérica. Sin embargo, también podría haber efectos positivos derivados tanto del alto crecimiento de China, con tasas promedio anuales superiores al 9 %, como del hecho de que concentra una quinta parte de la población mundial, lo cual hace que ese mercado pueda representar en realidad una oportunidad comercial. Las conclusiones de este estudio explican que no es posible entonces hablar de oportunidades perdidas en el mercado chino para América Latina. (p. 359)

Creutzfeldt (2016) sostiene que los gobernantes latinoamericanos y los estudiosos de las relaciones sino-latinoamericanas:

[ponen escasa] atención a las intenciones declaradas que acompañan de forma constante el acercamiento de China hacia América Latina, intenciones que evidencian un enfoque relativamente imparcial y esencialmente no competitivo. Al examinar elementos de la retórica china de política exterior, se llega a la conclusión de que hay mucho espacio para el desarrollo colaborativo y pocas razones para la prevención; aunque los riesgos de dependencia y de una mayor desindustrialización subsisten. (2016, pp. 15-30)

Por otro lado, no es de extrañar que los países latinoamericanos tengan reservas frente a la creciente presencia de China en la región, por la relación antes vivida con Estados Unidos, que se siente incómodo con el nuevo jugador.

Según Ricardo (2014) la relación de China con América Latina está en igualdad de condiciones. La autora resalta los puntos en común que tienen ambos actores a partir de sus intereses nacionales. Considera que las relaciones entre las dos partes se llevan a cabo desde cuatro posiciones coincidentes: se oponen al hegemonismo y al unilateralismo. Sostienen alta concordancia en los foros internacionales. La cooperación entre China y América Latina promoverá la cooperación Sur-Sur. Se apoyan mutuamente en intereses nacionales y regionales.

La relación de América Latina con China está mediada por dos factores que repercuten negativamente en el avance de una relación que es de gran beneficio para la región: la crisis financiera global y el proteccionismo comercial (establecidos, según Ricardo, por los países latinoamericanos). “Ambos factores han impactado en el intercambio comercial bilateral” (p. 92).

Para los interdependentistas, China se proyecta al exterior como una potencia no amenazante, interesada en su propio desarrollo económico, pendiente de modernización, lo que solo podría hacer en cooperación con el resto del mundo.

Para Pezzini, otros expertos tienden a centrarse en lo que consideran como riesgos, amenazas y efectos adversos de la relación sino-latinoamericana. De hecho, un número elevado de estos, y los principales medios de comunicación en Estados Unidos, Gran Bretaña, Europa occidental y varios de los países de Latinoamérica, han propagado una serie de ideas erróneas, mitos e información sobre las intenciones, la naturaleza y los efectos de este relacionamiento (Harris y Arias, 2016).

Los prejuicios, preconceptos, agendas ocultas y temores que subyacen o influyen en gran parte de la literatura académica y la cobertura de los medios de comunicación sobre las relaciones de China con los países de ALC representan lo que ha sido calificado como sinofobia, antichinismo, ataque a China y amenaza. La evidencia

de este fenómeno se puede encontrar en la investigación realizada por Emma Mawdsley (2008, p. 22), académica de la Universidad de Cambridge, de la cobertura parcial de los medios británicos sobre la creciente influencia de China en África.

Harris y Arias (2016) critican la producción de conocimiento chinofóbico y antichino, que se ha desarrollado en respuesta a la creciente influencia económica y política de China en el continente africano, latinoamericano y del sudeste asiático. Argumentan que:

[para muchos] eruditos occidentales, los estudios de las relaciones internacionales de China están, en general, al servicio de la agenda de seguridad nacional de la comunidad política occidental y de las élites occidentales que perciben a China como el único rival estratégicamente competitivo que podría representar una amenaza para el poder y el dominio de Occidente. (p. 31)

¿Es China una amenaza o una oportunidad para los países en desarrollo y Estados Unidos?

Según Vadell (2014) algunos analistas afirman que el gigante de Asia es definitivamente una amenaza para Estados Unidos; aseguran que en algún momento del futuro mediato ello hará que entren en conflicto. Hay otro grupo de analistas liberales que, a diferencia de los anteriores, propugnan la idea de una China integrada en las instituciones multilaterales. En cualquier caso, China emerge como un importante actor de la economía mundial con el que Estados Unidos tendrá que compartir el liderazgo.

Para América Latina, según Vadell, la irrupción de China en el panorama económico mundial ha sido, en primer lugar, el elemento detonante que le permitió márgenes de maniobra política al tener otras opciones de mercados, poder crecer y acumular reservas. Además, ha sido una opción financiera nueva y distinta, sin las exigencias y condiciones del FMI y el BM; es decir, sin recetas macroeconómicas que perjudicaban a la mayoría de la población al exigir recortes en lo social. Trajo nuevas condiciones para el desarrollo del

comercio, las infraestructuras, las inversiones, las que, junto con la ayuda financiera y el perdón de las deudas (en algunos casos), fueron vitales en la recuperación de la economía de esos países.

En segundo lugar, se presentó con una diplomacia pacífica, de cara a Estados Unidos. Una nación que compra productos a otras naciones, y que no intenta imponer su ideología y su forma de vida, su principal carta de presentación es el principio de no intervención en otros Estados.

Algunos expertos ven en China a la potencia emergente que puede disputar la hegemonía con Estados Unidos sobre América Latina, a pesar de las reiteradas declaraciones de la potencia asiática sobre la no intervención en los asuntos de otros Estados.

Para Rosales (2020), las disputas entre Estados Unidos y China amenazan a América Latina. Estados Unidos desarrolla una intensa campaña para evitar que los distintos países latinoamericanos acepten inversiones chinas; estas acciones pueden terminar afectando no solo “el funcionamiento de las cadenas de valor, sino también hacer que el mundo retorne a un lamentable escenario de zonas de influencia” (p. 222).

América Latina podría ver limitadas sus decisiones autónomas en temas de comercio exterior e inversiones, este es un riesgo que las economías exportadoras de materias primas tienen.

Si estas economías se alinean con las políticas de Trump, enfrentarán presiones para que dificulten el comercio con China y las inversiones de ese país, incluyendo proyectos de infraestructura, de construcción de banda ancha o cuestionamientos a la expansión de empresas chinas. (p. 223)

Los gobiernos de América Latina no pueden caer en la trampa de las dos potencias, si lo hacen estarán condenados a represalias directas o indirectas con un impacto en las exportaciones o alguna otra variable económica relevante.

Permitir, o peor aún, ser activos propagadores de la llegada de la Guerra Fría a Sudamérica o a la región [...] sería un error estratégico y geopolítico de consecuencias incalculables, toda vez que China es un socio comercial destacado de varias economías de la región. América Latina debe hacer valer sus propios intereses, de no hacerlo, la región perdería oportunidades de crecimiento, considerando que el presente y el futuro están más ligados a China y al Asia-Pacífico que a Estados Unidos. (p. 224)

Ghotme Ghotme y Ripoll de Castro (2016) consideran que no es creíble que China sea una amenaza actual; puesto que ha demostrado en reiteradas ocasiones su acercamiento cauteloso y pragmático a la región. Para estos autores, China mantiene un perfil político bajo, para no entrar en conflictos con Estados Unidos.

Es evidente que China busca implementar una política de equilibrio de poder en el marco internacional. “Solo resta por esperar cuál sería la reacción de Estados Unidos en caso de que China profundice sus relaciones (de seguridad, sobre todo) con América Latina en el mediano plazo” (p. 51).

Las relaciones entre China y América Latina han adquirido, desde el inicio del nuevo siglo, una apariencia de normalidad.

En este sentido, algunos autores coinciden en que el aumento de las actividades comerciales y de inversión representa un eje fundamental en la forma en la que China se relaciona con los países latinoamericanos. [...] La única excepción en la que lo político tiene mayor potencial de pesar más que lo económico es en lo relacionado con el reconocimiento diplomático de Taiwán. (Coral, Leiteritz y López Luna, 2016, p. 71)

Las cuestiones políticas, es decir, la ideología de un país comunista que en el pasado buscaba adeptos, no son la razón para su acercamiento a los países latinos. Tampoco los países latinos han cambiado sus posicionamientos en temas como el cambio climático o la proliferación nuclear, “fue posible observar que un acercamiento comercial de los países latinoamericanos con Estados Unidos y

China, no ha condicionado que su política exterior se modifique de forma paralela con el intercambio económico” (p. 72). Lo que quiere decir que los temores de que estas naciones modifiquen sus posiciones para beneficiar a China en desmedro de Estados Unidos no son ciertos. Los autores consideran que la influencia en los temas de la gobernanza global del acercamiento económico es realmente limitada en la formulación de la política exterior de Brasil y Chile, los mayores socios comerciales de la región.

Las decisiones en materia de posición política no se vieron realmente afectadas por un acercamiento económico con China. Un ejemplo de lo anterior son las votaciones en la Asamblea General. Jorge Domínguez demostró estadísticamente que el aumento de las relaciones comerciales de China con Argentina, Brasil y Chile tuvo un impacto casi nulo en el comportamiento de estos países en su política exterior. [...] Por lo tanto, la característica central de la política exterior de Latinoamérica en el siglo XXI es su independencia en lugar de una alineación deliberada con las superpotencias del sistema internacional, viejas o nuevas. (p. 72)

Para los interdependentistas el mayor temor de Estados Unidos es que la creciente participación china en la economía mundial modifique de alguna manera la posición que los países de América Latina mantienen sobre su liderazgo. China, sin embargo, se ha empeñado durante todos estos años en presentarse como un país pacífico y pragmático.

Los principales lineamientos de la dimensión política de las relaciones entre China y América Latina están consignados en los documentos sobre política de China hacia ALC, publicados en 2008 y 2012. Más allá de estos documentos, los avances en el campo diplomático se han visto evidenciados en el incremento del número de visitas presidenciales entre las dos regiones, que han llegado a niveles sin precedentes. Las relaciones políticas se han afianzado también mediante el establecimiento —desde comienzos de la década de los noventa del siglo XX— de “asociaciones estratégicas” con seis países latinoamericanos: Brasil, Venezuela, México, Argentina, Perú y Chile. Posteriormente, en 2012, China decidió elevar el estatus de

estas relaciones al de “asociación estratégica integral”. Asimismo, mantiene relaciones cooperativas de alto nivel con Colombia, Costa Rica, Ecuador y Uruguay. (Roldán Pérez y otros, 2016, p. 11)

Chile ha sido uno de los países —junto con Ecuador, Venezuela, Brasil, Perú y Argentina— que ha afianzado lazos comerciales y políticos con China. Bórquez (2019) sostiene que la cooperación que se teje entre el gigante asiático y los países de América Latina se establece bajo iniciativas estratégicas no tradicionales:

Estas iniciativas tienen entre sus principales características que: i) funcionan como un centro en el que dos países acuerdan establecer una plataforma con implicaciones regionales [...] tienen un alto nivel de sofisticación (articulación entre transferencias tecnológicas, desarrollo de una red logística y una gobernanza que incluye participación pública y privada); funcionan bajo la lógica de ganar-ganar en donde ambas naciones incurren en costos y se reparten los beneficios de las IEN.¹⁷ En América del Sur, China ha focalizado sus IEN en la creación de nodos tecnológicos y de servicios en diferentes áreas como la economía, la cultura y la ciencia. Estas plataformas buscan generar *clusters* intrarregionales, donde se agrupan instituciones, centros de investigación y empresas del mismo sector para generar soluciones innovadoras a las diferentes necesidades y problemas de una región determinada. En esta configuración, China ha construido un poder blando, agregando sus propias características como herramientas de enfoque sistemático hacia otros países. (p. 101)

Las iniciativas estratégicas no tradicionales llevadas a cabo por parte de China para la cooperación representan el establecimiento de un poder compartido; la posibilidad de que los países involucrados crezcan económicamente bajo los parámetros de cooperación Sur-Sur, da cuenta de ello. Esta noción implica considerar las ventajas comparativas de los países miembros y trabajar estratégicamente hacia un objetivo común, “permitiendo a las pequeñas naciones, como Chile, avanzar en el camino hacia el desarrollo” (p. 101). Bórquez observa como mérito de la política exterior de China, la articulación de dispo-

17 Siete iniciativas estratégicas no tradicionales.

sitivos de cooperación basados en los diferentes perfiles de las naciones y no como unidades sociopolíticas homogéneas; esto llama la atención de los países hegemónicos, especialmente Estados Unidos.

Defelipe Villa (2017) sostiene que, si bien la agenda de China en América Latina está mediada por intereses económicos, también promueve el rol de la región en política internacional, además de contribuir a la construcción de una agenda Sur-Sur.

Como un acto reflejo de sus necesidades de recursos naturales, el gigante asiático corteja a los países que disponen de estos recursos. A partir de las relaciones comerciales que entabla, otorga ayuda, perdona deuda nacional, construye infraestructura y se transforma en el principal prestamista de la región. Subraya que China no tiene intenciones de otorgar a la región otra senda de financiación, con menos condicionamientos políticos y económicos, producto “de los retornos por los *commodities* y los préstamos chinos” (2017, p. 67). Para los chinos, en esta cooperación no caben condicionamientos políticos, ya que se guían por el principio chino de respeto a la soberanía política y territorial; tampoco tienen requisitos de política macroeconómica.

China precisa de apoyo político y acentúa que su estrategia para el mundo es la de ganar-ganar, con esta estrategia consigue grandes ventajas, pues estas prácticas de cooperación le garantizan el apoyo político de muchos (casi todos) los países de la región en los foros internacionales de negociación, lo que le permite robustecer sus principios de soberanía territorial. Asimismo, los países en desarrollo, a la vez que se garantizan beneficios con la ayuda china, también obtienen soporte en sus posiciones políticas, privilegios de contar con un socio internacional con poder de veto en la ONU.

La cooperación Sur-Sur debe ser interpretada como relaciones económicas y/o negocios Sur-Sur. La cooperación en estos términos se interpreta como los esfuerzos político-institucionales que se llevan a cabo para facilitar las condiciones de las relaciones económicas, por ejemplo, por la vía de la firma de tales acuerdos de protección

de derechos, armonización de normas, disminución de aranceles, entre otros. (p. 68)

También alude esta facilitación del comercio al apoyo institucional que el país anfitrión dé a las empresas chinas para hacerles conocer el ambiente de negocios nacional. Puesto que el apoyo del gobierno, la eficacia de las instituciones del país y el conocimiento de la idiosincrasia son factores que viabilizan la entrada de empresas chinas que todavía no cuentan con experiencia internacional.

Defelipe Villa (2017) manifiesta que lo que busca la colaboración Sur-Sur es empoderar más a los países en vías de desarrollo en el contexto de la globalización económica, y revertir sus causas y procesos, que responden a leyes inmutables, más allá del alcance de ningún país. Pero las condiciones en las que se da la cooperación para cada país son diferentes, desiguales, por lo tanto, el potencial de la agenda de cooperación es distinto, de unas asimetrías que deben ser tomadas en cuenta. El autor estima que las asimetrías en esta relación China-América Latina se pueden resumir en tres puntos.

- Los niveles de desarrollo alcanzado por las dos partes responden a modelos productivos y políticos diferentes. En el caso de China, bien se conocen los espectaculares resultados desarrollistas, mientras que en el caso de Latinoamérica la estrategia de inserción en la economía global parte de una liberalización desmedida, y en el mejor de los casos se ha logrado un crecimiento en términos absolutos, es decir, de PIB, mientras que los modelos productivos primarios han evolucionado muy poco o han involucionado, y en esta medida el desarrollo humano ha sido el gran ausente.
- Este punto se relaciona de manera estrecha con el anterior; es decir, China y América Latina empiezan a dar señales de una relación centro-periferia con el agravante de la falta de un componente político que institucionalice la relación.
- Latinoamérica se ha caracterizado por la dificultad de dar continuidad y profundidad a sus esquemas de integración regional, más allá de reducir aranceles y algunas medidas de facilitación del intercambio comercial y de tránsito de personas, lo cual

dificulta la aproximación a China, desde una postura o estrategia político-económica común. (p. 69)

Para atenuar o, en el mejor de los casos dejar atrás estas asimetrías, América Latina debe llevar a cabo reformas, pues solo así podrá entrar en un relacionamiento Sur-Sur y disfrutar de los beneficios y el reto de la competencia que genera Pekín, que, más allá de sus declaraciones, concede prioridad al aspecto comercial.

La cooperación Sur-Sur se asemeja —o debería— a una de autoayuda y desarrollo productivo interno, que coloque a la región en condiciones de competidor en el mercado internacional. De esta forma, y siendo optimistas, América Latina tiene una oportunidad de cambiar su posición de periferia (Defelipe Villa, 2017).

Adrián Bonilla Soria y Lorena Herrera Vinelli (2020) examinan las relaciones sino-latinoamericanas, a través de la CELAC en el periodo 2011-2018.

De acuerdo con estos autores, los intereses de China en la región se advierten en una serie de visitas que los diversos integrantes del Gobierno chino han realizado a diversos países sudamericanos: Chile, Brasil, Uruguay y Argentina; enfatizando la importancia de la CELAC como espacio para la profundización de la cooperación Sur-Sur. El foro de la CELAC y China, que tuvo lugar en Chile, en enero de 2018, giró en torno a diversas iniciativas que apuntan a fomentar la participación de América Latina, siendo una de las más importantes la Ruta de la Seda.

China, según Bonilla y Herrera, pretende a través de la CELAC lograr sus objetivos; en este marco:

El Libro Blanco de 2016 establece la necesidad de “perfeccionar sin cesar la construcción institucional del Foro China-CELAC” el mismo que hace alusión a una “nueva fase de cooperación integral” con la región, proceso en el cual la CELAC juega un rol estratégico para la profundización de la cooperación política y económica que busca afianzar China. (2020, pp. 188 y 189).

A pesar de los esfuerzos de China, los autores afirman que la dimensión económica propuesta a la región, a través de la CELAC, no ha logrado desarrollarse. “En este contexto, China ha apostado por el establecimiento de una estrategia económica de selección y acercamiento bilateral hacia muchos países de la región” (p. 189).

Para los autores dependentistas la presencia creciente de China en ALC es un hecho natural, derivado de su ascenso como potencia global y del relativo declive de Estados Unidos.

Nascimento y Bruckmann Maynetto (2019) analizan la relación entre los países de ALC y China. Según los investigadores el desarrollo de estas relaciones son el producto de nuevas políticas y estrategias perfiladas por China, y que han reconfigurado las relaciones político-económicas no solo a nivel regional sino también global. Estos cambios generados bajo estrategias se pueden visibilizar “principalmente en los ámbitos del Foro China CELAC y en el proyecto One Belt, One Road (OBOR) de infraestructura y cooperación que propone profundizar los intercambios económicos y cambiar el pivote geopolítico de la región hacia el Pacífico” (p. 194).

Además, sostienen que la geopolítica mundial se ha expuesto a cambios, a consecuencia de diferentes estrategias de inserción de proyectos de cooperación en el orden internacional, propuestos y dirigidos por China “La creciente importancia de las iniciativas expuestas en el Foro China-CELAC y las propuestas de inversión en infraestructura” (p. 208) de la Franja y la Ruta, son estrategias que América Latina no debe desaprovechar.

La inclusión de los países latinoamericanos en la nueva Ruta de la Seda es actualmente “una de las negociaciones clave para que la región logre mayores niveles de flujos comerciales y garantice acumulación material necesaria para su pleno desarrollo” (p. 208):

Los principios de beneficio mutuo, también expresados como “ganar-ganar”, cooperación, apertura y no condicionalidad son distintos de las iniciativas de Estados Unidos para América Latina.

El TPP propone restricciones en propiedad intelectual y no elimina los subsidios agrícolas de la producción norteamericana, lo que es una desventaja muy grande para los países latinoamericanos. La necesidad de expansión de los accesos a otros mercados nacionales, junto a proyectos de cooperación sin las condicionalidades anteriormente exigidas por países más desarrollados son elementos que favorecen la intensificación de las relaciones de China con ALC. La posición de las principales economías de América Latina, de rechazo al proteccionismo estadounidense y fortalecimiento de las relaciones político-económicas con China deben mantenerse en el futuro. Las alternativas propuestas por Estados Unidos no demuestran ser económicamente viables para los Estados latinoamericanos. A pesar de cambios políticos que pueden dificultar las relaciones con el Asia-Pacífico, la interdependencia económica en construcción es más profunda que los cambios de gobierno, lo que sugiere la continuación de una formación de consensos de larga duración. Los cambios en el orden internacional originados por la ascensión china fortalecen los ideales expuestos en el Foro China-CELAC: el beneficio compartido por los países emergentes en una base común de desarrollo. (pp. 206 y 207)

Alicia Bárcena (2019), secretaria ejecutiva de la CEPAL, considera que “la iniciativa china de la Franja y la Ruta de la Seda puede contribuir al gran impulso ambiental propuesto por la CEPAL para la región”. Bárcena insiste en que China es un socio clave para los países de ALC, tanto para comercio, infraestructura, préstamos e inversiones, como para el compromiso propuesto por la CEPAL de cambio ambiental:

China es un aliado clave para nuestra región. No solo es el segundo socio comercial —y el primero de América del Sur—, sino que ha asumido con fuerza la defensa de la cooperación multilateral. La evidencia más clara es justamente la iniciativa de la Franja y la Ruta, que ya cumple seis años desde su creación y que se está convirtiendo en un catalizador para el desarrollo global. (párr. 3)

Bárcena (2020), en el encuentro de la CEPAL con China, reflexionó acerca de la importancia de evaluar la influencia de China

después de transcurridas dos décadas del siglo XXI. Para la autora, el orden internacional y la preservación del multilateralismo dependen de China y de sus políticas. “Organismos internacionales, bibliotecas y principales centros académicos conceden hoy un amplio espacio al debate sobre China, sus políticas y las repercusiones que estas tienen en la economía mundial” (pp. 9-13). La CEPAL se ha transformado en un eje referencial para las relaciones económicas y comerciales de la región con China, de organismos internacionales, instituciones académicas latinoamericanas e internacionales, cumbres internacionales. En ese contexto:

Ha recibido visitas de diversas autoridades chinas del Gobierno central y de gobiernos regionales, que participaron en reuniones donde se exponían las principales políticas económicas y sociales que se estaban aplicando en nuestra región. [...] Es así como tuvimos el privilegio de recibir en la CEPAL al primer ministro Wen Jiabao en 2013, al nuevo primer ministro Li Keqiang en 2015 y al propio presidente de China, Xi Jinping, en 2016. No tengo constancia de ningún otro organismo regional que haya recibido visitas de autoridades chinas de tan alta relevancia en un lapso tan reducido. (pp. 9-13)

Para la secretaria ejecutiva de la CEPAL, quien ha sido invitada varias ocasiones a China por sus autoridades, la Comisión dice gozar de gran prestigio tanto en los medios académicos como oficiales chinos, tanto “por la calidad de sus estadísticas y sus documentos como por la audacia de proponer vías para mejorar la calidad del vínculo de la región con China” (pp. 9-13). Bárcena hace hincapié en que los documentos examinados por la CEPAL han tenido rigor —estadístico—, al poner de relieve la necesidad de mejorar la calidad del vínculo con China, con más y mejor integración regional.

Destacamos entonces los desafíos de diversificar nuestras exportaciones hacia China, dándoles mayor valor y contenido tecnológico, así como las inversiones chinas en la región, y de establecer acuerdos plurinacionales en torno a proyectos de inversión y de cooperación con China. Subrayamos que la carga principal recae, ciertamente, en las políticas públicas internas: el desafío, por ende, es nuestro.

Recalamos también que ese diálogo con China sería más equilibrado si fuese regional o subregional antes que bilateral. Por ello hemos apoyado también los diálogos CELAC-China y seguiremos trabajando con todas las instancias que permitan fomentar tanto la integración y cooperación regional como el diálogo con China, para que nuestra región resulte así fortalecida. (pp. 9-13)

Se publicó, en *Bordes, Revista de Política, Derecho y Sociedad*, que China busca sostener relaciones bilaterales con América Latina. La iniciativa de la Franja y la Ruta, o Nueva Ruta de la Seda, propuesta por China en 2013, se enmarca también en este objetivo. Para Dafne Esteso, el retorno de Estados Unidos a la región no debería implicar que los países latinoamericanos dejen de lado las oportunidades que ofrece China como el principal destino de las exportaciones de *commodities*, y portador de inversiones en infraestructura necesarias para hacer posible el crecimiento. Los gobiernos latinoamericanos podrían establecer relaciones con Estados Unidos, la primera economía del mundo y consolidar otras posibilidades de comercio e inversión con otros actores del sistema internacional. Esto le permitiría a América Latina salir de sus condiciones de vulnerabilidad.

La Casa Blanca —pese a que los países de Latinoamérica no son una prioridad en su agenda— busca encontrar aliados para limitar la influencia china, sobre todo en lo que concierne a la llegada de la tecnología del 5G y de los acuerdos para la iniciativa de “la Franja y la Ruta” que promueve Beijing. (Dafne Esteso, 2020, párr. 11).

Para los académicos interdependentistas las relaciones sino-latinoamericanas estarían atravesadas por creaciones *ideacionales*. Labarca (2013) argumenta que China ha utilizado estratégicamente dos elementos fundamentales de construcción de confianza que tienen como propósito contrarrestar los discursos de inseguridad y apreciación de riesgo que su creciente influencia en América Latina ha provocado. China ha reinterpretado su identidad, enmarcando sus intereses dentro de la dimensión económica y no ideológica. A la vez se presenta como un actor respetuoso “de las reglas de intercambio económico global. En este escenario, el Tratado de Libre Comer-

cio entre China y Chile emerge como un ejemplo que demuestra la influencia benigna de China en América Latina” (p. 489).

Para Brito (2018) en el discurso chino subsisten elementos como la lucha contra la hegemonía y la percepción de China como un país en vías de desarrollo, y que —en ese contexto— comparte un destino común con la región, los subdesarrollados, el tercer mundo.

Del análisis de los códigos geopolíticos de China se desprende que su política exterior consiste en formas de poder blando [...] rechazando cualquier pretensión expansionista o de dominio territorial más allá de sus fronteras. El interés mayor es generar consenso en torno a los principios que sustentan su particular imaginación geopolítica. Estos son: desarrollo pacífico, globalización sin renunciar a la soberanía estatal, multilateralismo, y nuevo concepto de seguridad basado en la cooperación internacional. (p. 79)

En los documentos publicados por el Gobierno chino se hace evidente que el interés de este país no es convertirse en la potencia hegemónica del mundo. De un detenido análisis de sus códigos geopolíticos se concluye que utiliza como estrategia la persuasión. Lo que puede verse como una manera de “resistencia contrahegemonía a lo que consideran un sistema internacional no equitativo, donde los países ‘en vías de desarrollo’ deberían ocupar posiciones de mayor relevancia en condición de igualdad con el resto” (p. 80). La globalización es, principalmente, un fenómeno económico, pero también lo es político y de seguridad, un fenómeno imparable que genera una propensión —asimismo inevitable— a la interdependencia de los países y de los continentes.

De ahí se deriva una concepción del mundo visto como un todo interdependiente que es el fundamento de la doctrina del desarrollo pacífico y el sustento de sus puntos nodales: cooperación Sur-Sur, nuevo concepto de seguridad, ideología ganar-ganar [...] y multilateralidad como forma de resolver los conflictos en la política mundial (pp. 81 y 82).

Una forma de entender el mundo que cree que la consecuencia lógica al atraso pasa por no repetir la trayectoria europea¹⁸ son los presupuestos que siguen orientando la política exterior china en la actualidad, en particular en su relación con América Latina. La política exterior que sostiene es de una lógica binaria de vinculación entre los países desarrollados y en vías de desarrollo, lo que permite a los países de la región concebir a China como un aliado natural. Para este conglomerado de países el principal desafío en el ámbito económico es construir un proyecto de desarrollo propio, que contenga las singularidades de cada país, y hacerlo mediante relaciones de intercambio comercial no asimétricas.

Con el objetivo de entender cómo se relaciona China con América Latina, los académicos latinoamericanos han posibilitado un gran número de reflexiones. La revisión realizada no solo permite saber sobre los temas más relevantes de los primeros 17 años del siglo XXI; sino, sobre todo, conocer *desde dónde* teóricamente se enfocan los debates y las reflexiones. Así se llega a concluir que la mayor parte de literatura revisada parte del enfoque teórico de la dependencia (en sus distintas variantes).

Es posible concretar de este enfoque dos posturas sobre las relaciones entre China-ALC. La primera insiste en que las relaciones sino-latinoamericanas no han hecho más que acentuar las asimetrías económicas, políticas y sociales, no solo en América Latina sino a nivel geopolítico y geoeconómico. En este sentido, para los dependistas el rol que está cumpliendo China es el de cualquier país capitalista y desarrollado.

La segunda postura es la de los académicos que consideran que las relaciones entre China y el gigante asiático son beneficiosas. Los autores interdependentistas tienen una visión no solo esperanzadora de China y de las relaciones económicas y políticas que

18 En el sentido histórico de no invadir países, cometer un genocidio y usufructuar de sus recursos naturales.

puedan darse entre ambas partes, sino también una visión política e ideológica anticapitalista y antisistémica que les acerca al país asiático y les aleja críticamente de los países desarrollados de Occidente, especialmente Estados Unidos.

Autores como Slipak, Svampa y Oviedo coinciden en que el acercamiento de China ha significado una *nueva dependencia*, esto quiere decir que la región entró en una etapa que bien podría llamarse “Consenso de Beijing”, que prioriza el extractivismo, la desindustrialización o reprimarización de la estructura productiva, la explotación laboral y el daño medioambiental.

En esta lógica han coincidido no solo ciertos académicos progresistas de la región, sino también los gobiernos “progresistas” que incentivaron las relaciones de cooperación con China; una retórica que, por un lado, en la práctica, dividió a los países de la región y, por otro, afianzó las desigualdades internas y externas.

Los autores interdependentistas: Dos Santos, Hernández, Gilhodes, Huntington y otros, no están opuestos a la injerencia de China en América Latina; defienden su posición en Latinoamérica y reflexionan sobre cómo China ha ido ganando terreno de forma exitosa, en la arena de la geopolítica mundial, con un modelo que prioriza el desarrollo cooperativo.

Finalmente, es necesario revisar las posibles críticas a la afirmación de que es la dependencia el constructo teórico desde donde trabajan los académicos latinoamericanos que estudian las relaciones internacionales con China. Así, se pretende responder a la idea de que la investigación podría llegar a una conclusión incorrecta al identificar unilateralmente a la teoría de la dependencia como respuesta, olvidando los diferentes enfoques que la rodean, y el que los hallazgos metodológicos sobre el predominio de la interpretación de la teoría de la dependencia adoptan, al igual que este apartado, el mismo sesgo.

En relación con la formalización de los límites teóricos, Foucault sostiene que la teoría y la actividad filosófica han considerado siempre a la producción como diferentes dominios; es decir, separados unos de otros. Hay una actividad teórica que se produce en el campo de las matemáticas, en el dominio de la lingüística, en el dominio de la historia de las religiones o en el dominio de la historia a secas, etc. Sin embargo, existe una filosofía de la pluralidad del trabajo teórico que no encontró su pensador único y su discurso unitario.

La perspectiva de la analítica del poder como filosofía no es la de encasillar o fijar a los autores bajo un determinado enfoque teórico o bajo una determinada vertiente que parta de una misma perspectiva. A más de que hacer un tipo de fijación en este sentido sería casi imposible y contradictorio con la perspectiva filosófica de la analítica del poder, pues se caería en la misma crítica que se pretende a la filosofía del conocimiento.

Así, desde el discurso filosófico moderno, es posible que un autor dependentista o interdependentista camine de manera elocuente y consciente bajo una sola y única determinación teórica; por ejemplo, una imposibilidad de movimiento entre el estructuralismo y la dependencia como perspectivas teóricas latinoamericanas, al mismo tiempo de clasificar a los autores —en este caso dependentistas e interdependentistas— como ligados los unos al estructuralismo y los otros a la dependencia.

Este tipo de fijación obedece a una orientación distinta, a la orientación foucaultiana de la analítica del poder. Desde esta visión, las diferencias no se establecerían de manera fija; los teóricos dependentistas o interdependentistas, que trabajan desde la perspectiva latinoamericana, cruzan, transitan libremente entre la perspectiva o variante estructuralista y la de la dependencia. Es posible observar en las reflexiones de los académicos latinoamericanos cómo unos y otros trabajan desde ambas posibilidades; por tanto, las diferencias no parten desde consideraciones teóricas; para Foucault, la posibilidad que permitiría tal diferenciación sería la inclinación política. Los autores

interdependentistas reflexionan a favor de China, esto implica que sus especulaciones son discursos que recaen en prácticas políticas y en toma de decisiones; de la misma manera, las reflexiones de los dependentistas que hablan sobre China como un país hegemónico causan protestas y nuevas inclinaciones políticas a nivel latinoamericano.

Si las diferencias son políticas, entonces, ¿cómo se establece que la dependencia sea el eje central de las reflexiones? La respuesta estaría ligada a lo que Foucault denomina la *episteme*.

Los discursos revelan la *episteme* en los conocimientos. Los conocimientos revelan que la *episteme* que mueve las reflexiones teóricas de los académicos latinoamericanos, tanto dependentistas como interdependentistas, es la dependencia, esto implica —y es posible ver en las reflexiones— que la idea de la dependencia con China o de la dependencia con Estados Unidos parte de un sentido de la dependencia como constructo cultural y social, siendo la dependencia la razón de la reflexión latinoamericana.